Corín Tellado

Amor audaz

—Bueno, Ali, dime qué pasa de verdad entre un hombre y una mujer cuando se quieren y se necesitan…

—Todo. Todo lo que te da la gana. Se supera el pudor, el miedo, la timidez. Todo. Una se convierte en audaz y se vuelve loca junto al hombre que ama. Pero a Harry jamás se le ocurrió llegar, desnudarse o ponerse el pijama, sin antes prepararme. Esa decir, el pijama no lo vi, ni el camisón, porque me lo rompió en dos y quedó en el hotel inservible.

—Oh…

Corín Tellado

Amor audaz

ePub r1.0
Titivillus 17.02.2021

Título original: *Amor audaz*
Corín Tellado, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Amor audaz

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Sobre la autora

CAPÍTULO PRIMERO

No es fácil que Lía Neil fuese una muchacha experimentada, pero tampoco era una ingenua.

Había hecho sus pinitos amorosos desde que a los diecisiete años empezó a campear sola por la ciudad costera de Brighton. Había tenido sus ligues y sus escarceos, pero la verdad es que jamás había llegado más lejos.

Y no es que Lía fuese una remilgada, ni una reprimida, pues más bien Lía Neil era una chica muy liberada ya a la edad de dieciséis años. Sin embargo, su padre, que era un hombre de vuelta de todo, viudo y sin deseo alguno de volverse a casar, pero siempre metido entre mujeres, sabiendo lo que significaba perder la edad de la inocencia y la virginidad, le tenía dados sus buenos consejos. De tal modo, que Lía aprendió a reservarse.

Como su padre (Jason le llamaba ella) además de vivir intensamente todo tipo de emociones, era un trabajador si los había, ganaba dinero y prefería que su hija en vez de ponerse a trabajar hiciera, una carrera, ella estaba estudiando en la Facultad de Veterinaria porque se moría de amor hacia todo tipo de animales.

A los veinte años Lía cursaba el tercer año de veterinaria porque hay que advertir que de tonta no tenía un pelo.

Era, si no hermosa; sí muy atractiva, de un atractivo casi estremecedor. Tenía el pelo negro, de igual color los enormes ojos, su boca era una tentación, así como su naricilla recta, de palpitantes aletas, amén de un talle alto, unas piernas largas y un busto más que bien perfilado, pero no demasiado abundante. Pero lo más singular en la persona de Lía era el color cobrizo de su piel, lo cual le hacía parecer casi mulata.

Cuando ella le preguntaba a su padre si descendía de negros, Jason se echaba a reír campanudo, afirmando rotundamente:

—En modo alguno. Tus bisabuelos eran blancos, tus abuelos de idéntico color y tu madre y yo blancos, más que blancos. Eso es la Naturaleza, Lía, y puedes dar gracias a Dios porque estás de lo más precioso con ese color cobrizo de tu piel que parece que estás todo el día tirada al sol.

Como el destino tiene jugarretas insospechadas, un día Lía conoció a un tal Frank Finch, representante de profesión, alto, fuerte, buen mozo y al parecer de buenas costumbres.

A Lía nunca se le había pasado por la cabeza el casarse, pero cuando conoció a Frank y este, de buenas a primeras, se lo propuso, Lía empezó a pensar si le convenía o no matrimoniar.

Lo comentó con su padre y Jason, lo primero que dijo, fue: «Quiero conocer al fulano».

El fulano en cuestión se personó en casa de Jason al día siguiente acompañado de Lía. Jason pensó que cuerpo, facha y altura tenía bastante, y pensó a la vez si todo ello sería lo bastante aprovechable como para colmar las aspiraciones de Lía.

No obstante, como no pretendió nunca sojuzgar a su hija ni detenerla en su camino por la vida no dijo que sí ni que no. Pero aquella misma noche decidió hablar con Lía de aquel asunto.

—De modo que piensas seriamente en casarte.

—Yo creo que sí, Jason.

—Una cosa es que intentes creerlo y otra que lo creas de verdad.

—Me gusta Frank.

—¿Por qué? ¿Solo porque es alto, grande, buen mozo y tiene los ojos brillantes y negros?

—No, me gusta además por su discreción. Es hombre de buenas costumbres, vive bien, gana dinero, es trabajador, tiene un piso para él, no se mete en honduras y además es honesto.

—Todo eso y aún más no hace plenamente la felicidad de una mujer si le faltan algunas otras cosas.

—¿A quién? ¿A mí o a él?

—A ambos, pero en este caso más a él que a ti. Y me refiero a la vida amorosa… ¿Qué años tiene Frank?

—Veintisiete y se pasó la vida trabajando. A los dieciocho años, cuando falleció su padre, le dejó esa representación de licores y

Frank no hizo otra cosa que trabajar.

—Yo no tengo nada en contra del trabajo, porque a la vista está que soy un buen trabajador, pero… también vivo, que es lo que más experiencia me ha dado. Me pregunto si Frank habrá hecho en su vida algo más que trabajar.

Ya hemos dicho que Lía no era una ingenua, pero tampoco una joven excesivamente experimentada. Por lo cual no dio demasiada importancia a lo dicho por su padre, decidiendo su boda sin la plena aprobación del autor de sus días, que veía en Frank reminiscencias de alguna represión oculta.

Las relaciones amorosas entre Lía y Frank fueron corrientes y molientes. Un beso, un toqueteo, una mirada… no mucho más.

Jason, que estaba de vuelta de todo pocos días antes de la boda preguntó a Lía:

—¿Qué tal tu novio en plan amoroso?

—Es correctísimo.

—También los homosexuales lo son y no sirven para maridos —farfulló Jason con su bocaza siempre abierta a las verdades o a las crudezas.

Lía miró a su padre molesta.

—Jason, Frank jamás se sobrepasaría, de modo que he de esperar a casarme para conocerlo en ese sentido.

Jason no volvió sobre el mismo asunto y el día de la boda apadrinó a Lía, junto con una dama que parecía un loro y que Frank presentó como una tía lejana suya a quien había ido a buscar a Londres para situarla a su lado en el momento de la ceremonia.

Jason no se andaba con chiquitas y como ganaba su buen dinero, decidió invitar a un buen puñado de amigos, acudieron también amigas de Lía, compañeras de Facultad y ningún amigo de Frank, pues según él no los tenía. Asistió, como queda dicho, aquella tía lejana traída de Londres, que según Jason tenía, además del parentesco con Frank, una nariz que casi le llegaba al juez cuando estaba este recomendándoles fidelidad y mil cosas más a los recién casados.

La ceremonia fue breve y muy emocionante para Lía.

Una vez celebrada la boda, todos se fueron a un céntrico restaurante. Era casi noche cerrada y los invitados invadieron los salones donde estaba la mesa puesta para la cena del banquete. Lía

estaba de una sensibilidad tremenda y Frank parpadeaba asombradísimo, rodeado de amigos que nunca fueron suyos pero que toleraba con su habitual corrección.

—Lo mejor —le dijo Jason a su hija al oído— es que os larguéis. Yo cuidaré de hacer los honores a tus invitados.

—¿Sin comer, Jason? —siseó Lía.

—El día de mi boda a mi no se me ocurrió comer, pero sí que comí el doble dos días después.

Lía parpadeó y miró a Frank. Como se hallaba sentado a su lado le tocó en el hombro.

—Oye, Frank, Jason dice que podemos irnos.

A lo cual Frank puso expresión asombradísima.

—¿Sin comer?

—¿Tienes mucha hambre?

—De lobo —dijo Frank, atacando los entremeses.

Lía intentó imitarle, pero la verdad es que no le pasaba ni un trozo de jamón por la garganta; en cambio veía a Frank comer a dos carrillos como un hambriento.

Su padre no perdía detalle y veía al muchacho comer entusiasmado como si fuera lo único que verdaderamente le agradara en la vida. Bebía y comía a dos carrillos y de vez en cuando palpaba el vientre con satisfacción, lo cual le hacía pensar a Jason que aquella noche, Frank se la pasaría dando ronquidos feroces. Pero en modo alguno se lo imaginaba deleitándose sobre el bonito cuerpo de su hija.

No obstante, esperó. Y cuando vio que Frank ya quedaba repleto y satisfecho, se acercó de nuevo a su hija a quien no había visto comer nada, y le siseó al oído:

—¿Qué, tampoco ahora tenéis prisa?

Lía parpadeó. Dijo algo que Jason no entendió y después se inclinó hacia el que ya era su marido:

—Frank, cuando quieras podemos irnos.

—Me tomo este vaso de vino y esta zanca de pollo y en marcha —replicó Frank.

Lía vio que él se zampaba en unos pocos bocados la zanca del pollo dejando el hueso pelado y se metía al coleto un vaso de vino tinto casi con cristal y todo.

—¿Ya? —preguntó.

Frank miró a Lía con expresión golosa.

—Un trozo de tarta y listo. ¿Vale?

Se tragó un enorme trozo de tarta palpándose el vientre, que de tanto comer parecía ya un barril. Lía, que tenía dolor de estómago de verle devorar, sentía casi náuseas y por supuesto, una vaga desilusión pues pensaba que lo lógico, una vez casada, sería que Frank se apresurara a estar solo con ella sin pensar en la comida.

Cuando ya casi no quedaba nada de apetitoso en la mesa, Frank se levantó, palpó de nuevo su vientre y comentó con enorme satisfacción:

—No hay nada mejor que una buena comida y un buen vino.

Jason, que lo oía, comentó siseando al oído de un amigo:

—Ese animal revienta esta noche sobre mi hija.

—No seas bestia, hombre.

—No te deshagas del traje, que seguramente tendrás que asistir pronto al divorcio.

—Tú estás loco.

—Al tiempo.

—¿En qué te fundas?

—«Hombre comedor, poco chingador», te lo digo yo.

La pareja se despedía.

Frank estaba rojo de satisfacción, le sudaban las sienes, y reía feliz.

Jason se preguntó qué cosa tendría aquel tipo para haber prendado a una mujercita tan sensible, buena y sensitiva como Lía, pero… algo tendría, en efecto, porque Lía no era de las que se casaban por casarse.

La vieja de nariz de loro dijo que se iba en el primer tren de la noche y Frank le prometió que en sus muchos recorridos como representante ya pasaría a verla por Londres.

Las amigas de Lía y compañeras de Facultad la besaron, le desearon felicidad y esas mil cosas que se dicen en un caso así. Y una de ellas le preguntó:

—¿Vas a seguir estudiando?

—Claro —dijo Lía—. Frank se pasa la vida viajando y yo me aburriría sin hacer nada. Y por otra parte estudio una carrera vocacional.

Les acompañaron al coche y una vez Frank allí, metió como

pudo sus largas piernas en el vehículo al tiempo, de sentar las nalgas en el asiento. De modo que debido a su enorme estatura y a todo lo que llevaba en el estómago hubo de asirse a aquel y comentar:

—Estoy lleno de veras.

Jason pensó que el muchacho tenía razón y que no iba a poder hacer el amor a su hija aquella noche. Con esta idea desagradable en verdad, Jason decidió irse de juerga con los amigos antes de retirarse a su casa.

* * *

Lía se sentía un poquitín desconcertada. Los ligues o novios o amigos que había tenido, la habían acariciado, le habían dicho cosas, habían intentado hacerle el amor. Pues Frank, no.

Mientras conducía, comentaba lo rica que había estado la comida, y lo frío que estaba el vino y lo mucho que le agradó participar en aquel banquete.

La llevaba sentada a su lado encogidita, femenina y muy linda. Pero salvo mirarla de vez en cuando, hacer un comentario baladí y conducir, no parecía dispuesto a hacer otra cosa, lo cual empezaba a poner nerviosa a Lía.

—Iremos a un hotel —dijo él cuando ya el auto llevaba rodando un rato—. Podíamos ir a mi piso, pero lo están pintando y preparando, de modo que hasta dentro de quince días que volvamos del viaje es mejor dejarlo secar.

—Como gustes, Frank.

—¿Tienes algo en la voz?

Lía pensó que tenía emoción y que era muy raro que Frank no se diera cuenta.

Pero Frank no se la dio y dijo al rato:

—Será el frío. Hace mucho, ¿no te parece?

Lía lo sintió, como sí aquel se le metiese, en las venas.

—No lejos de esta calle hay un hotel de tres estrellas —murmuró —. Nos servirá.

Lía pensó que para una noche de bodas mejor era que el hotel fuese confortable y lujoso. Pero no hizo comentarios y solo dio una cabezadita asintiendo.

—Hay que pensar —dijo Frank soltando una mano del volante y llevándola al vientre, que acarició con suavidad— que yo solo soy representante de comercio y, aunque ganó bastante, Hay que hacer por ello.

—Dentro de dos años yo seré veterinario —replicó ella— y podré ayudarte mucho.

Frank hizo un gesto vago.

Por primera vez, pensó Lía, demostró ser algo «retro».

—Eso de estudiar una carrera así, no creas que es muy femenino.

—¿Qué tiene que ver la feminidad con la profesión?

—Digo yo, vamos…

—Pues yo digo —apuntó Lía sin alterarse, pero ya más desilusionada que antes—, que me gusta estudiar y espero que no tengas nada en contra.

—No, no…

Pero en la forma de decirlo se notaba que no estaba de acuerdo, si bien Lía decidió que no era el momento de discutirlo.

El coche se detuvo ante un hotel con aspecto de palacete antiguo y allá, como pudo, mal y pesado por todo lo que había comido, Frank descendió y Lía saltó al suelo con agilidad.

—Coge tu maletín, Lía —dijo él—. Yo ya tengo el mío.

Otra cosa que desconcertó a Lía.

Cualquier hombre galante, habituado a tratar mujeres, se habría hecho con los dos maletines. Pero Lía no dijo palabra, cargó con el suyo, mientras miraba cómo Frank daba vueltas al coche, contemplándolo con arrobo.

—¿Qué miras? —preguntó Lía.

Frank parpadeó gruñendo.

—No vaya a ser que me lo abollen…

—¿Y por qué iba a ocurrir?

—No me fío de la gente. Hay conductores con mala entraña y hay muchos otros inexpertos. Y este coche lo compré la semana pasada.

Lía pensó que en una noche de bodas, a un hombre, un coche le tiene sin cuidado. Pero también aceptó aquel estado de cosas.

Pensó también porque ella era reflexiva, en verdad, que se había casado con Frank por su corrección. Su buen hacer, su silencio y su

discreción y su aspecto, que era varonil en su totalidad. No obstante, y eso también lo pensó, nunca le hizo una mala proposición, nunca se sobrepasó en sus caricias, que fueron más bien tímidas que audaces, más bien precipitadas que hábiles.

Pero no era cosa en aquel instante de pensar en cosas pasadas.

Se había casado y estaba allí con su marido; era su noche de bodas y lo demás quedaba lejísimos.

Frank y ella entraron en el hotel y vieron a un señor mayor con levita detrás del mostrador de recepción.

Frank dejó el maletín en el suelo, sacó su carnet de identidad y le pidió a Lía el suyo.

—Somos matrimonio y necesitamos una habitación.

El hombre ni siquiera los miró.

Hizo anotaciones en un grueso libro, apuntó los números y nombres de los documentos y preguntó sin levantar la cabeza:

—¿Por cuántas noches?

—Una.

—De acuerdo.

Lía vio que Frank titubeaba antes de preguntar:

—¿No hay forma de guardar el coche en un garaje?

—Pues no.

—Es que ahí fuera, al rocío, lo pasará mal. Por otra parte igual me lo abollan.

—Lo siento. Todo el mundo lo deja ahí —replicó el hombre indiferente.

A regañadientes. Frank asió de nuevo el maletín y cogió la llave que le entregaba el recepcionista.

—Segundo piso —dijo aquel.

En el primer escalón pues no había ascensor, ya que se trataba de un palacete de tres plantas, Frank dejó el maletín en el suelo y miró a Lía.

—Toma la llave. Ve subiendo tú y lleva mi maletín. Yo voy a ver el coche.

Lía arrugó el ceño.

—¿Otra vez el dichoso coche?

—No puedo pensar que me lo abollen. Tengo una funda dentro y lo voy a tapar.

Lía pensó en Jason.

En muchas cosas más que su padre, con su experiencia le había dicho.

Pero pensando que iba demasiado lejos en sus pensamientos, asió el maletín de su marido y la llave y se deslizó escalera arriba.

Cuando, llegó ante la puerta de la habitación dejó los maletines en el suelo y abrió.

Una luz mortecina apareció ante ella iluminando una alcoba amplia, pero corriente y vulgar. Una cama en medio dos mesitas de noche a los lados, una gran ventana cubierta por un grueso cortinón y un armario medio empotrado en la pared.

Lía entró con todo en la alcoba dejando la llave sobre una consola.

Lo primero que buscó fue un baño y allí, metido en una esquina, vio un aseo con media bañera.

Procedió, a deshacer el maletín y sacó sus ropas. Eran las escuetas de dormir y pensaba que no iba a necesitarlas porque seguramente Frank se las quitaría en cuanto entrase…

No obstante, se metió como pudo en el cuarto de aseo y procedió a cambiarse de ropa. Puso el camisón, una bata de espuma encima, se cepilló el negro cabello y como no tenía pintura en la cara no necesitó desmaquillarse.

Aún estaba allí cuando oyó a Frank entrar bufando:

—Creo que con la funda he protegido bien el coche —murmuró.

* * *

Sintió después un crujido y se imaginó a Frank cayendo en la cama como un fardo.

Casi en seguida apareció ante su marido, el cual, en efecto, se hallaba tendido en el lecho pasando lentamente la mano por el abultado vientre.

Era guapo, Frank.

Tenía virilidad y parecía muy hombre. Era de pelo más bien castaño, los ojos marrones o negros y una boca bien perfilada.

—¿Ya está lista? —dijo al sentir sus pasos.

Y levantó los párpados con indolencia. La miró y volvió a cerrarlos.

Lía se atrevió a preguntar:

—¿No habrás comido demasiado?

—Creo que sí —aceptó él, sentándose en la cama y echando los pies fuera—. Siempre me ocurre igual. Veo la comida y me pongo a comer sin acordarme de lo mal que me sienta.

Lía miró en torno pensando que cómo Frank no se le había abalanzado aún. Pero él se levantó con bastante trabajo y se dirigió hacia el aseo.

—Me voy a poner el pijama —dijo—. Es posible que cuando suelte el cinturón y me quite los pantalones, me sienta más holgado. Un segundo.

Y sacando del maletín el pijama a rayas, se perdió en el aseo.

Lía se sentó en el borde de la cama diciéndose que la suya era una noche de bodas muy apacible y particular.

Seguramente que Jason, cuando, se casó, lo que menos recordó fue la comida, el coche, el pijama… Pero no todos los hombres podían parecerse a su padre, aunque ella había suspirado toda su vida por casarse con uno que se le pareciera. Porque, además de adorarle, le admiraba como persona.

No cabe duda de que Frank, por su corpulencia, se le parecía.

Pero distaba mucho de ser psíquicamente como su padre, pues este era galante con las mujeres, cariñoso y apasionado, y a ella no le estaba pareciendo Frank ni galante, ni cariñoso, ni… apasionado.

Apareció bostezando.

Miró de refilón a su mujer, pero no detuvo sus ojos en ella más de dos segundos.

—Bueno —exclamó levantando los brazos como si así pretendiera facilitar la digestión—, ¿ahora qué hacemos?

—¿Hacer?

—Eso digo yo. ¿Por dónde empezamos? Por supuesto del matrimonio no se puede abusar. Quiero decir del acto sexual. Desgasta mucho, ¿sabes?

Lía quedó de piedra.

Miró a Frank como si fuese un fantasma.

Él rio con aquella risa encogida añadiendo:

—Ya me entiendes, ¿verdad?

—No —dijo Lía que como Jason, no tenía pelos en la lengua—. No has empezado y ya dices que eso agota. ¿Lo has hecho tú muchas veces y sabes que agota realmente?

—Lo oí decir.

—¿Lo oíste?

—Bueno, pues sí. El acto sexual perjudica si se abusa de él.

—O entontece si no se hace —dijo Lía, ya disparada.

Él volvió a reír.

—Bueno no te enfades.

Y la sujetó por los hombros tirándola sobre la cama.

No le quitó el camisón, se lo levantó tan solo y la apretó contra sí.

—No estoy en forma —dijo—. No lo estoy y yo creo que la culpa la tiene la copiosa comida.

—Es muy posible —dijo Lía y tuvo ganas de salir corriendo y no parar hasta llegar junto a Jason y contárselo.

Ella sabía que lo primero que debe hacer un hombre no es prepararse él, sino preparar a su pareja. Pues no. Frank parecía tan desmayado a su lado que decidió incorporarse y preguntarle con ironía:

—¿Debo dormir. Frank?

—¿Dormir?

—Eso te pregunto.

—No debes permitir que coma tanto, Lía. Me que do tan lleno que no puedo hacer nada excepto la digestión.

—O sea, que prefieres dormir esa digestión.

—Se eliminan toxinas durmiendo, ¿no?

—Supongo que sí.

Pero Frank volvió a apretarla contra sí y dijo triunfal:

—Ya voy poniéndome en forma.

Ni un beso ni una caricia.

Notó que Frank la apretaba contra sí, pero sin más preámbulos.

Después se colocó encima de ella.

Lía estaba muerta de miedo y de vergüenza. Él permanecía impasible. ¿Tenía que «actuar» ella? ¿No era más lógico que él la traginara?

—¡Ay! —gritó ella.

—Si no te estás parada…

Otra intentona de Frank y Lía lanzó un alarido.

—Eh, mujer ¿qué te pasa?

Lía estuvo a punto de gritarle.

«Tu torpeza, animal».

Pero se aguantó.

Esperaba. Tal vez Frank estaba algo bebido…

No olía a vino, pero sí bostezaba mientras forcejeaba causando un dolor agobiador en Lía.

De repente él desistió diciendo:

—No puedo. Tú te encoges y yo me bajo. Lo mejor es dormir y esperar.

Lía se puso de lado en la cama y cerró los ojos.

Dos lágrimas le salían por las esquinas de los párpados.

II

Tal vez se había dormido. El caso es que no supo el tiempo que había transcurrido cuando sintió en su hombro los cinco dedos de Frank.

—Oye —le oyó decir— creo que la digestión va bien y que ahora estoy en forma. Vamos de nuevo…

Lía, lo que tenía era sueño. Por lo visto, para Frank el acto sexual era algo mecánico.

—Frank —dijo soñolienta—, ¿no es mejor mañana?

—Si está amaneciendo. A mí los amaneceres me enardecen…

Lía sintió entonces asco hacia el acto, porque no lo concebía con semejante frialdad.

Pensó que tan pronto regresara a Brighton, si las cosas entre ella y Frank no cambiaban, le preguntaría a Alice si el matrimonio era así de simple.

Alice se había casado con Harry dos meses antes y como. Harry era abogado y tenía dos meses de permiso, no habían regresado aún de su luna de miel…

Lía pensaba que si el matrimonio eras lo que Frank le ofrecía a ella, no le servía el matrimonio.

—¿Qué, te despiertas o no?

Y la mano de Frank le levantaba el camisón y la volvía de cara a él.

El contacto de su mano en la piel produjo en Lía un estallido. Se tiró sobre su marido y se quitó ella solita el camisón, con lo cual Frank la miraba casi asustado.

—Pero ¿qué haces?

—Eso —dijo Lía disparada—. ¿No te quitas tú ese blusón que parece de presidiario?

—¡Pero si tengo frío!

—Oh…

Lía reprimió su exaltación y el calor que bullía en su sangre.

Ella sabía que era apasionada, vehemente, que le gustaba el amor y deseaba vivirlo con intensidad.

Se tiró sobre ella y observando su torpeza, Lía se preguntó cuántas veces habría hecho Frank lo mismo.

Dejó de pensar porque él en la intentona, le hacía un daño insoportable.

—Si no callas, te dejo —farfulló Frank—. Comprenderás que con tus aullidos no voy a hacer gran cosa. Oye, ¿no serás anormal?

—¿Qué dices? —estalló ella, indignada.

—Bueno —murmuró Frank—. Digo que si estás segura de que lo tienes…

—Pero, Frank.

—Bueno, perdona, pero yo…

Lía saltó del lecho y buscó la bata.

Como tenía una butaca enfrente se sentó en ella y le miró a él con firmeza.

—Oye, tú, dime. ¿Cuántas veces has poseído a una mujer?

—¿Poseído?

—Cuántas veces has hecho el amor con una mujer, quiero decir.

—Pues verás —y empezó a titubear—. Verás, Lía… —Guardó silencio para añadir con brío—: Oye, ¿por qué no subes a la cama de nuevo y probamos otra vez?

—Ahora no se trata de eso —farfulló Lía pensando en lo que diría su padre si la viese—. Te pregunto si has hecho el amor muchas veces.

—Sí, muchas.

—¿Normalmente?

Lía observó que Frank se menguaba en el lecho. Estaba tan fofo ya, que no había que pensar en una nueva intentona.

—Verás, Lía, pues eso… no…

—¿Quieres decir que a tus veintisiete años… no has hecho nada con una mujer?

—Oh, no —exclamó Frank como muy ofendido—. He besado a mujeres y las he llevado bajo un puente y cosas así.

—¿Y qué les hacías?

—¿Yo? Ellas me lo hacían a mí, me ponían al rojo vivo y me desahogaba.

—¿Así? —se pasmó Lía encogiéndose de terror sobre sí misma —. ¿Sin poseerlas?

—No hagas tantas preguntas, Lía. Pareces saber tú muchas cosas de hombres y mujeres.

—Lógico, no soy idiota. Lo que son un hombre y una mujer, fisiológicamente, lo sabe un niño de nueve años. ¿Cómo no voy a saberlo yo que tengo veinte y curso tercero de una carrera universitaria? Por supuesto que estoy virgen, pero yo creo que eso, tú debías de saberlo ya.

—Tal vez si vienes a la cama me ponga en forma.

Lía no se fue a la cama. No le daba la gana. Se levantó y fue hacia el paseo. Pero antes de entrar en él preguntó:

—¿Quieres decir que nunca has sentido placer?

—¿Qué?

—Un placer con una mujer, Frank y no acabes con mi paciencia.

Frank puso expresión algo atontada.

—Sí, sí, por supuesto que he sentido eso que dices, pero no como tú dices…

Lía, que iba a entrar en el aseo, se detuvo en seco y le miró de nuevo como si fuera un fantasma.

Se apoyó contra la pared cruzando las manos tras la espalda y dijo:

—Fisiológicamente —explicó— un hombre y una mujer son distintos. Eso es elemental. Una mujer puede llegar a vieja sin ansiedad o inquietud sexual, siempre claro que un hombre no la tiente o no la excite. Pero el hombre tiene necesidades sexuales sin que le toque nadie, porque le basta mirar a una mujer. Me pregunto, pues, si tú no te has excitado nunca.

—Mucho sabes tú de esas cosas, ¿en?

—Déjate de hacer observaciones tontas y responde, Frank porque mi paciencia toca a su fin.

—Bueno, excitarme sí me excité, y sin excitarme, en la cama, muchas veces solo.

—Es decir que no te has desahogado jamás con una mujer.

—En una ocasión estuve con una mujer desnuda en la cama, pero salí volando y me fui al baño.

—¿Sin hacerle nada?

Frank puso expresión muy grave.

—¿Y si la dejaba embarazada y me obligaban a casarme con ella?

—¡Cielos! —gritó Lía espeluznada—. Quieres decir que me encuentro ante un casto sucio. Porque además de no saber lo que es una mujer en toda regla, sabes lo que es un placer a medias provocado por ti mismo.

—Bueno, ¿qué tiene eso de particular?

Lía pensó que no podía contarle todo aquello a su padre.

Tenía dos caminos a recorrer.

O quedarse y aguantar y evitarle así un buen disgusto a su padre, o escapar corriendo como si la persiguiera el mismo demonio.

Optó por quedarse.

Así que se metió en el baño. Se lavó y volvió a la cama como si la empujaran a la fuerza.

La verdad es que Frank ya roncaba haciendo unos ruidos rarísimos.

En medio de todo y pese a lo ocurrido, ella estaba muy excitada. Se había casado aquel día y esperaba lo suyo de la noche, de modo que estuvo a punto de dejar a Frank durmiendo y haciendo la digestión, eliminando toxinas, y largarse a la calle…

Pero se quedó.

Volvió a la ducha y puso un gorro de goma metiéndose bajo el agua para enfriarse. Seca ya, ligera y decepcionada, pero más tranquila y dispuesta a apechugar con lo que fuera, regresó al lecho y se dispuso a dormir al lado del hombre que roncaba tranquilamente.

Dos lágrimas se volvieron a deslizar por sus mejillas.

¿Qué hacer?

Podía pillar el montante y largarse, pedir el divorcio y mandar a Frank a paseo. Pero estaba Jason por medio y ella bien sabía lo que su felicidad suponía para su padre.

Amaneció un nuevo día y Frank abrió los ojos. Los restregó y se miró a sí mismo, despertando a su mujer.

—Mira, Lía, ahora sí que estoy preparado.

Ella abrió un ojo y lanzó sobre él una mirada asqueada.

Pero como ya Frank se disponía a lo suyo, se aguantó sintiendo un dolor lacerante por la decisión de aquel animal con forma de hombre. Pensó que una montaña se le echaba encima y la desgarraba de pies a cabeza.

Lanzó un aullido y se escurrió como mejor pudo.

Frank quedó con la boca abierta, mientras la miraba desilusionado.

—¿Tampoco ahora, Lía?

—Si me matas, hombre. ¿Qué te has creído? ¿Que soy una vaca?

Y volvió a tirarse de la cama por temor a que él la apresara a la fuerza. Pero no, Frank se fue desinflando tranquilamente, lo cual le hizo pensar a Lía que estaba ante un tipo que no se encendía más que a ratos.

Como Frank estaba despierto y ella se había incrustado en el sillón, decidió conocer algo de la vida de aquel hombre, pues se daba cuenta que poco o nada sabía y había cometido la locura de casarse con él.

—Veamos, Frank —dijo apaciguadora intentando ayudarle—, ¿cómo fue tu infancia?

—Oh… casi no la recuerdo.

—¿No recuerdas a tu madre?

—Sí, sí, ¿cómo no? Falleció cuando yo tenía dieciséis años.

—¿Eras hijo único?

—No. ¡Qué va! Todos se habían desperdigado por ahí, Pero lo cierto es que fuimos siete varones.

—Y de mujeres solo tu madre.

—Eso es.

—¿Nunca has tenido novia?

—Sí, una vez. Pero mi madre decía que las mujeres eran la perdición de los hombres así que un buen día mi madre me pilló, me habló del asunto y yo solté la presa y dejé a mi novia.

—Tu madre… ¿decía lo mismo a tus hermanos?

—Claro. Todos recibimos la misma educación.

—¿Y qué hicieron los otros?

—No lo sé. Eran todos mayores que yo, y no sé que ninguno se haya casado. La verdad es que cuando murió mi madre me quedé con mi padre y le ayudé en la representación comercial, por eso me la dieron a mi cuando él murió.

—¿También tu padre te hablaba mal de las mujeres?

—Ni bien ni mal. No me hablaba apenas. Era un tipo silencioso que iba a lo suyo.

—Y tú aprendiste de él. Dime, Frank, ¿cómo es que te fijaste en mí?

Frank agitóse en el lecho. Estaba más plano que una dama, de modo que Lía se dio cuenta de que, o era anormal, o las pasiones humanas le dejaban helado y por supuesto, la cercanía de una mujer no le excitaba en absoluto. También pensó, porque pretendía ser justa, si la culpa de lo ocurrido a Frank la tendría ella en parte, así que decidió rectificar. No cabía duda de que la educación dada por la madre podía influir y el silencio del padre hacer de Frank lo que era, un tipo egoísta y desapasionado. Pero la vida y ella misma podían cambiarlo.

Así que decidió acercarse a él y acariciarle un poco para saber hasta dónde daba de sí.

Dio pero poco. Tiró de ella, intentó de nuevo y no lo logró por su torpeza habitual.

* * *

Así transcurrieron diez días.

Lo cierto es que a los diez días Lía aún era virgen, de modo que ella le sugirió la idea de ir a ver a un médico para que le explicase lo ocurrido y que el facultativo le aconsejase.

—Vendrás tú conmigo —dijo Frank.

—Yo no. Yo creo ser normal, irás tú solo.

A todo esto la paciencia de Lía andaba a punto de estallar y más de una vez hubo de doblegarse para no echar a correr y dejar a Frank solo con sus traumas, que sin duda alguna los tenía.

Se dio cuenta también que Frank, de mente, no era ninguna lumbrera. Ella, una universitaria, casada con aquel animal. Jason se tiraría de los pelos si lo supiera y ella decidió que, de momento, no lo sabría.

Pero sí se las arregló para que fuera a ver al médico, y Frank, bendito de Dios al fin y al cabo, o demasiado vanidoso para echarle la culpa a su inhabilidad, se personó en el consultorio de un doctor y le explicó, el caso. Cuando retornó al hotel (se hallaban en

Londres en aquellos días) le dio a Lía un libro y un tubito de vaselina.

—¿Qué es esto?

—Me lo dio el médico para que lo leyera.

—Es la vida sexual del matrimonio. Yo ya lo he leído, Frank, de modo que cuando puedas, haz por poder, léetelo. ¿Qué más cosas te dijo? ¿Se lo explicaste bien?

—Sí que se lo he explicado. Dijo que lo anormal sería que llegara y entrara sin dolor, que eso querría decir que ya antes habían entrado otros. Para facilitar la cosa dice que te pongas esto y que yo no deje de leer el libro.

—Pues empieza ya —farfulló Lía—. Yo me lo sé de memoria.

Frank dio varias vueltas al volumen entre los dedos y dijo que era muy grueso, que además no iba a entenderlo bien, pues él de lo que entendía era de representaciones y folletos relacionados con su profesión.

Total, no leyó el libro. Pero Lía utilizó la vaselina y aquella noche procuró aguantar el dolor, pensando que aún podía él aprender y llegar a ser un marido perfecto y hasta superior.

Pero pese a sus propósitos, ella no sintió nada ni aquel día ni en los diez que emplearon en andar por Londres. Pero sí veía la vanidad de Frank porque creía hacer las cosas como nadie.

Lía tenía los nervios tensos y su excitación iba en aumento. De tal modo que estaba deseando llegar a Brighton y entrevistarse con Alice para saber si el matrimonio era así o es que Frank era, o seguía siendo, el animal pon el cual se casó.

Debemos añadir también que Frank no era hombre de «todos los días». ¿Y dos veces por día o más? Ni pensarlo.

Ahora, sí, comer, comía como un camionero. Se recreaba en la comida y en la bebida y un día en que Lía, harta ya de aguantar, le dijo que no sabía qué tipo de hombre era, Frank le respondió muy ufano:

—Fíjate si seré hombre que puedo levantar un saco de cien kilos con una sola mano.

—Eso, mira, no me extraña. También un burro carga con más de cien y, sin embargo, no deja de ser un burro.

—Lía, me estás insultando.

—¿Te has enterado de que llevamos dieciocho días casados y yo

no me enteré más que del dolor que me produces?

—Ah, eso es cosa, tuya, yo me entero de todo.

Lía no echó a correr por no tropezar en Brighton con su padre, pero ganas no le faltaron.

Se ocultó sola para llorar y se preguntó por qué tenía ella que aguantar a Frank, o podía ocurrir, y eso ya se lo aclararía Alice, que el matrimonio fuese así, aunque no le cabía en la cabeza que tal cosa pudiera suceder.

Dos días después se encontró en el piso de su marido, y, claro, inmediatamente con la visita de su padre.

Frank estaba comiendo cuando Jason apareció, y Lía se apresuró a correr hacia él y estrecharle en sus brazos. Jason quedó algo sorprendido. Lía era afectuosa y muy emotiva, pero no tan espontánea, y le extrañó aquella inmensa ternura que le demostraba y aquel brillo de lágrimas que asomaba a sus ojos.

Frunció el ceño preguntándose si le iría bien a Lía en el matrimonio. Lanzó entonces una aviesa mirada sobre el comilón el cual lo hacía a dos carrillos teniendo una enorme chuleta con patatas fritas delante, un flan, dos huevos fritos con jamón y una botella de vino y fruta.

—No me digas —murmuró sorprendido sin soltar la cintura de su hija, que seguía apretada contra él— que puedes con todo eso.

—Soy muy hombre —dijo Frank— y aún puedo con mucho más.

Jason tuvo sus dudas en cuanto a su hombría y decidió hablar con Lía, mientras el tragón se desahogaba comiendo, pues no creía él que, siendo comilón como era, dejara de comer para saber lo que él y Lía hablaban en la salita contigua al comedor.

—El piso no está mal —decía Jason mirando en torno—. Algo burda la decoración, ¿no? Para tu exquisitez se me antoja cargadita…

—Ya lo arreglaré yo a mi modo —dijo Lía—. Mañana se marcha Frank de viaje. Ya sabes que viaja constantemente, y yo iré como antes a la Universidad.

—¿No se opone tu marido a que estudies?

—No. Y si se opusiera, expondría mis razones para convencerle.

La miró a los ojos.

Lía no le dio jamás un disgusto a su padre y parte de su ignorancia sexual se la debía a él, pues si hubiera sido menos

estrecho para educarla, seguro que hubiera ido preparada al matrimonio.

Como no le había dado jamás un disgusto, tampoco pensaba dárselo divorciándose. No obstante, sabía que tarde o temprano lo haría, pero mejor esperar y que su padre poco a poco fuese entrando por ello, no dárselo de golpe y que estrellase la mano contra la carota de Frank y sus virilidades tan inútiles.

De momento, pues, decidió ocultar la decepción que sentía y como tenía su cita con. Alice aquella tarde, después pensaría lo que iba a hacer para, poco a poco, ir lavándole el cerebro a su padre.

—¿Eres feliz, Lía?

—Por supuesto —dijo con súbita firmeza hasta el punto que convenció a su padre.

—O sea, que el tragón es tan hombre para comer como para hacer dichosa a una mujer tan sensible como tú.

—Desde luego.

—Me alegro, Lía. No sabes cuánto me alegro. Tu felicidad era para mí una obsesión. No eres una mujer corriente. Si Frank te comprende y te sabe hacer feliz, ten por seguro que tiene todas las simpatías que hasta ahora no le di.

Lía pensó que a Frank la simpatía de su padre le tenía muy sin cuidado como le tenían otras muchas cosas; pero mejor que su padre se tragara la mentira y le permitiera a ella razonar y decidir con tiempo.

—No me gusta interferir entre dos de distinto sexo que además son matrimonio y, encima, ella es mi hija. Así que ya me largo Lía… Iré a despedirme de tu marido.

Frank seguía recreándose entre los huevos y el jamón como si tardando más en comer le supiera mejor.

—Que tengas feliz viaje, Frank —le deseó Jason.

—Gracias —dijo él con la boca llena.

* * *

Alice era amiga de Lía desde que ambas fueron al colegio de monjas primero y al Instituto después. Lía decidió hacer una carrera universitaria y Alice se quedó con el graduado superior y después cortejó hasta que se casó, si bien no por ello dejaron de verse ni

entrañar más y más su amistad.

El marido de Alice. Harry, era abogado de profesión, tenía bufete en una céntrica calle de aquella ciudad que los británicos llamaban LONDON BY THE SEA (Londres de Mar) y en aquel instante no se hallaba en casa, lo cual facilitaba la conversación abierta y franca de ambas amigas.

—¿No tienes celos de que Frank esté de viaje un día sí y otro también?

¡Celos!

¿De qué?

¿De que Frank buscara una mujer?

Ni pensarlo.

Frank no era hombre de mujeres ni placeres. Frank, lo que buscaría sería un buen restaurante y comería como un sibarita.

Y después a dormir, a roncar y a eliminar toxinas como él decía.

—Tengo que preguntarle una cosa, Ali.

—¿Sí? Pones cara de circunstancias.

—Puede que la circunstancia no sea tan sencilla —dijo Lía con brevedad.

Ali se puso en guardia.

—¿Qué ocurre?

Se lo contó.

Todo. Desde el día que se casó y todo lo demás.

Hubo un largo silencio y una mirada inmóvil, asombradísima en los azules ojos de Alice.

—Oye… ¿y cómo aguantas eso?

—Llegué ayer y te cité nada más llegar porque quería preguntarte si las cosas son así.

Alice empezó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas:

—Claro que no, mujer, ¿cómo se te ha ocurrido que podían ser así? Yo me vi apurada para quitarme a Harry de encima y por supuesto, en dos días no salimos del cuarto del hotel. Y ya en el coche, camino del mismo hotel, me vi negra para evitar las cosas que me hacía…

—¿Qué te hacía?

—Lía… ¿qué cosas hiciste tú en tu noviazgo?

Lía quedó con la boca abierta.

—Nada. Casi nada.

—¿Besos?

—Sí.

—Pero ¿qué clase de besos? Porque yo beso a mis padres todos los días y me quedo tan tranquila. Pero cuándo Harry empieza con la lengua a hacer filigranas, me pongo al rojo vivo. ¿Entiendes?

—Oh.

—¿No te ocurrió a ti de soltera? ¿No te acostaste con Frank antes de casarte?

—Oh, no.

—¿No te lo pidió él?

—Claro que no.

—Ni él se molestó en buscarte, afanoso…

—No.

—Ni bailando contigo se ponía nervioso.

—¡No, no, no! —se impacientó, gritando.

—Calma, calma, Lía, por el amor de Dios, no té excites, que yo no tengo la culpa de que tengas un anormal por marido. Tú lo que quieres saber es como es un hombre normal, ¿no? Porque ya has sacado la conclusión de que tu marido apenas lo es y si come tanto tampoco es normal, que comer mucho comen los cerdos y no por eso hacen caricias a las mujeres.

—Eso es lo que quiero saber. De Frank, me tenía maravillada su discreción y buenos modales, aunque en el subconsciente pensaba si sería galante. Mira, Alice, yo creo que mi padre extremó sus cuidados para educarme sexualmente. La falta de madre, seguro, digo yo. Porque papá me ayudó a hacer una carrera que es la que hago, pero… salvo eso nunca me coartó, pero tampoco me abrió las alas. En cuanto a lo sexual se puede decir que me previno en contra.

—También el mío, pero maldito el caso que le hice.

—Porque tu madre estaba casada con él, y te prestaba menos atención que a mí mi padre.

—Es posible, Lía eso sí que es muy posible. Tu padre extremó su amistad contigo y de ahí que tú buscases un hombre que se le pareciera físicamente. Pero… ¿se le parece en lo demás? Qué disparate. Tu padre es todo un hombre, hay cosas que saltan a la vista. No obstante, contigo creo que se equivocó al educarte. O tú al obedecerle.

—Bueno, el caso es que le obedecí. Y si aún sigo junto a Frank es

porque no quiero darle ese disgusto a mi padre. ¿Entiendes?

—De sobra, querida.

—Bueno, Ali, dime qué pasa de verdad entre un hombre y una mujer cuando se quieren y se necesitan…

—Todo. Todo lo que te da la gana. Se supera el pudor, el miedo, la timidez. Todo. Una se convierte en audaz y se vuelve loca junto al hombre que ama. Pero a Harry jamás se le ocurrió llegar, desnudarse o ponerse el pijama, sin antes prepararme. Esa decir, el pijama no lo vi, ni el camisón, porque me lo rompió en dos y quedó en el hotel inservible.

—Oh.

—De modo qué ya lo sabes. Eso de llegar y zas, es de bestias, y aún pienso que los animales preparan a sus hembras, cuánto más un hombre a una mujer. Su mujer legítima, además, con la cual puede tener hijos.

—Yo jamás he sentido nada. Daño, únicamente.

—Por culpa de ese bestia. ¿Quieres un consejo?

—Dámelo. ¿Qué puedo hacer?

—Con él poco. De nada serviría, salvo que le des de comer hasta que reviente. Esa clase de tipos que se las apañan solos hasta los veintisiete años, siguen toda la vida apañándose y le dan a la mujer la importancia de cinco dedos. No, no, Lía. El consejo que te doy es que te divorcies. O anules el matrimonio, aunque eso es más difícil.

—¿Y Jason?

—Explícale lo que ocurre.

—No puedo. Se llevaría un disgusto grandísimo, porque él bien, me advirtió antes de casarme.

—Mira, Lía, estabas ciega. ¡Decirte que el acto sexual desgasta! Hombre, si lo haces cada minuto terminarías en los huesos, pero bien dosificado es naturalísimo. Pues mira que si yo le voy a Harry diciéndole que me deje en paz, me planta. ¿Sabes lo que hace nada más llegar a casa al mediodía? Yo ya le conozco y tengo puesta la mesa, de modo que cuando le veo quitarse la chaqueta y la corbata ya me preparo. Pero él se las arregla de forma que cuando me doy cuenta estoy deseando lo mismo. Lía —su voz se hacía grave—, o te libras de ese animal con facha de hombre o… no sé. Piénsalo… Eso de que te pases la vida sin conocer el verdadero deseo, la excitación y todo lo que él conlleva me parece una atrocidad. Es algo

contranatural.

III

Max Mason había entrado de profesor en la Universidad a principios de aquel curso.

Daba clases de tercero y se había fijado en la morenita con piel de mulata. Una verdadera preciosidad.

No era nada tonta y estudiaba con entusiasmo. Él le tenía mucha simpatía y tal vez, tal vez, algo más.

Pero no le gustaba meterse en líos amorosos dentro de su profesión, así que procuró marginar el tesón de su pensamiento para inhibirse.

No obstante, al faltar ella veinte días, preguntó a una compañera suya llamada Eva.

—Tú te sientas juntó a Lía Neil… ¿Sabes lo que le ocurre? Falta ya veinte días.

—Se ha casado —respondió Eva, indiferente.

—Ah…

—Sí, señor. Hace veinte días justamente. Yo fui a su boda.

—Entonces, seguro… que no seguirá estudiando —dejó caer como al descuido.

Eva movió la cabeza.

—Sí, señor, seguirá.

—Pues si sigue faltando muchos días más perderá el curso.

—No creo que a Lía le interese perder el curso. Al menos eso me ha dicho a mí.

—Suelen venir embarazos después de un matrimonio —dejó caer el profesor.

—Es posible. Esas son cosas previstas, pero de todos modos embarazada o no, Lía vendrá.

—Está bien, está bien…

Y se fue.

Era un tipo no muy alto. Fuerte. De no más de veintiocho años. Tenía el pelo liso de color castaño, casi negro, pero había en él el contraste de, los ojos pardos que parecían casi blancos y que, cuando miraban, las alumnas se ponían nerviosas porque no sabían exactamente si las estaba mirando por fuera o por dentro.

Él no era un mujeriego, la verdad.

Le gustaban las chicas naturalmente. Pero no le agradaba tener líos sentimentales ni pensó jamás en casarse aún.

Vivía solo en un apartamento, tenía clínica para perros, de su propiedad, y ejercía además su profesión en un sanatorio de lujo para animales de gente rica.

Ganaba su buen dinero y vivía como un soltero feliz.

Si algún día le apetecía una mujer iba por ella, la conseguía y se olvidaba después de, o bien pagarle si era una prostituta, o hacerle una cálida caricia si era una conquista facilona que no se pagaba a tanto, la hora.

Por lo demás, los líos estaban de más para él.

Procedía de Londres y si vivía en la ciudad costera de Brighton era porque le había salido aquella clase en la Universidad y a la par el puesto en el sanatorio. Pero la clínica para perros la montó él nada más llegar.

Se pasaba la vida en el apartamento cuando no estaba en la Universidad, o en el sanatorio o en la clínica de su propiedad. Como el apartamento lo tenía en el ático de la casa donde en la planta baja había abierto la clínica, se sentía casi feliz con su trabajo, su entretenimiento, sus libros y su música.

El caso es que estaba poniendo las notas trimestrales cuando decidió preguntar por aquella morenita linda con pinta de mulata.

Por tanto, puso un cero como una casa en su asignatura y se quedó tan feliz.

No se lo merecía la chica, pero él sintió el impulso de ponérselo por haberse casado y por faltar veinte días seguidos a clase.

Cuando Lía vio sus notas lanzó un improperio.

—¡Pero ese ganso…! —le gritó a Eva, que fue quien se las llevó —. ¿Por qué? Yo falté veinte días, de acuerdo pero esta evaluación corresponde al otro trimestre y sé que hice el examen perfecto.

—Pues discútelo con él —dijo Eva ante el sofoco de su

compañera—. Como me mandaste que recogiera tus notas, fue lo que hice. Por supuesto, hoy mismo, antes de dar las notas, preguntó por ti.

—¿Por mí?

—Mujer, faltaste veinte días.

—Pero las notas se refieren al trimestre pasado.

—Lía, ¿qué quieres que haga yo?

—No tolero un suspenso así, por las buenas. ¿Sabes dónde vive el profesor ese?

—Claro. Tiene una clínica para perros en la calle Veintitrés. La verás nada más abordar la calle, casi junto a la parada del bus. En el ático del edificio tengo entendido que vive él.

Lía hizo memoria.

—Oye, ¿no se trata de ese profesor mirón de los ojos de agua?

—Ese.

—¿Cómo se llama, que no me acuerdo?

—Max Mason o algo así. Sí, sí, se llamo así. Es bastante hueso. No le vayas con altiveces que te cuelas para todo el curso. Y una cosa es suspender una evaluación y otra muy distinta suspender todo el curso.

—No puedo ir hoy ni mañana a clase.

—¿Tampoco mañana? Volverá a preguntar por ti y disponte a recibir otro cero el trimestre próximo.

Lía se engalló.

Andaba por casa arreglando algunas cosas y esperaba tener la suerte de que Frank no regresara aquella noche, pero aun si que regresara su marido, pensaba cambiar algunas cosas de su casa al día siguiente y era esa la razón de que no pensara ir a la Universidad hasta pasado otro día.

Mientras andaba por la casa enfundada en pantalones vaqueros y camisa de manga corta. Eva iba tras ella recomendándole:

—Déjalo todo y ve a verle, hazme caso.

—¿Ahora?

—Mejor es. Dicen que escucha.

—¿Escucha, qué?

—¡Que no puedes mover sola esa mesa. Lía! Igual estás embarazada.

Lía dio un respingo.

Pensar que pudiera estar embarazada de Frank le ponía la carne de gallina. Por otra parte, no aceptaba embarazos de actos sexuales durante los cuales quedaba solamente excitada, nerviosa y con ganas de aplastar la mesa.

—¿Embarazada, yo? —y dejó de empujar la mesa.

—Ah, eso dijo el profe.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Qué profe dijo eso?

—El que te puso el cero.

Lía se puso en jarras.

Miró a Eva sin entender nada.

Eva, aturdida bajo la fiera mirada de Lía, explicó:

—Cuando preguntó por ti y yo le dije que te habías casado, él dijo que seguramente no seguirías estudiando, y yo le repetí que sí. Entonces él mencionó lo de que después del matrimonio, por lo regular, llega un embarazo.

—¿Es soltero?

—¡Y yo qué sé! Supongo que sí, porque si estuviera casado miraría menos a las alumnas. Y las desnuda con la mirada.

—Ya… Pues le dices… No, es mejor que no le digas nada. Ya se lo diré yo…

Eva, que en el fondo era una tontaina, preguntó interesada:

—No estarás embarazada, ¿verdad?

Miró a Eva como si la fulminara.

—¡Qué embarazo ni qué porras! ¿Quién habló aquí de embarazo?

—El profe.

—¡Es que es un metomentodo! Pero eso, te digo que lo arreglo yo.

Y se cruzó de brazos esperando que Eva se fuera.

Pero seguía allí, mirando a un lado y otro.

—¿No está tu marido?

—No.

—¿Tan pronto y ya se fue?

—No seas pelma, Eva. Se fue de viaje. Es viajante y no nos dan de comer porque sí, ni comemos del aire como los camaleones. Y además, mi marido se come igual una tinaja llena de lentejas.

—Lo dices como si ello te disgustara.

Aquella compañera suya de pupitre era una necia.

Lía no se lo dijo así, pero, en cambio, preguntó:

—¿No tienes nada que estudiar? Déjame los apuntes por ahí y es mejor que te vayas a empollar.

—Yo no soy empollona.

—Pero sacas sobresaliente. Tú me dirás qué cosa es ser empollona.

—Tú nunca suspendes —se estiró Eva como si decirle «empollona» la hubiera ofendido.

—Salvo esta vez.

—Que Ventilarás tú con el profe.

—Sin duda. Ten por seguro que no acepto ese cero. Lo discutiré en el momento oportuno.

—¿Irás, hoy mismo?

—Iré cuando pueda y me acomode. Eva —intentó tranquilizarse —. Tú has traído las notas y de lo demás te olvidas.

—Pero ¿de veras no estás embarazada?

Lía ya perdió los estribos.

Entre lo que estaba pasando, el cero, el profe, lo que aquel opinaba y la morbosa curiosidad de Eva, estallaba aunque hiciera volatines para contenerse.

—¡Qué embarazo ni qué narices! ¿Qué más te da a ti que yo esté o no embarazada? ¿Qué cosa quieres saber?

—Frank tiene una pinta de macho…

De macho lleno de vaciedad, pero no iba decírselo a Eva. Pero sí que, sin poder contenerse, farfulló entre dientes:

—Los machos de verdad no creas tú que son los que parecen más fuertes. Los hay fofos.

—¿Es fofo Frank?

Lía sé acercó a ella y la miró muy de cerca.

—¿Por qué no vienes y pruebas? Si quieres, te lo presto una noche.

—Lía, no seas grosera.

—¿No preguntas? Pues ahí tienes la respuesta.

Eva se fue más que corriendo, apretando los libros bajo el brazo, y Lía, cuando cerró la puerta, se quedó ante esta jadeante y excitada.

Sí que lo estaba.

Por la cosa más nimia, y la culpa la tenía aquel marido inhábil

que la dejaba con unas ganas locas.

Arrastró la mesa, cambió algo la decoración que, como decía su padre, era burda y de mal gusto, y después fue a sentarse con un cigarrillo en la boca junto al teléfono. Llamó a Alice, que se puso en seguida.

—Soy Lía.

—Ah, dime. ¿Ya regresó el inmaduro?

—No. Lo hará por la noche, se echará sobre mí, me poseerá y se quedará felicísimo de su machismo.

—Lía…

—Ya sé lo que me aconsejaste.

—Y… ¿no…?

—De momento aguanto, después ya veremos. Pasado mañana empiezo las clases. Pero fíjate si será cabrito el profesor, que me puso un cero en su asignatura.

—¿Un cero tú?

—Como lo oyes. Pienso ir a verle mañana al atardecer, suponiendo que Frank no haya llegado. Y aun habiendo llegado iré.

—¿Te pide muchas explicaciones de lo que haces?

—¡Qué va! Viene rendido y muerto de hambre y lo que le pone frenético es no tener la mesa puesta y abundante comida. Si quieres verlo calmado, basta con que le dilates las narices con un buen asado. ¡Se calla como un ahogado!

—¿No viene ansioso de verte? —preguntó Alice, que no le cabía en la cabeza que existiesen hombres del estilo de Frank.

—Solo se ha ido y ha vuelto una vez y, por supuesto, no viene ansioso más que de comer y beber. Y cuando ya está a rebosar, recuerda que yo puedo darle el tercer gusto, así que a lo suyo. Termina en un santiamén y se olvida de preguntarme qué tal lo he pasado yo.

—¿Y no le dices tú nada?

—Ya no. ¿Para qué?

—Lía, conociéndote, no entiendo cómo lo aguantas.

—Por Jason…

—Pero tu padre, más que nadie, tendrá que entender tu postura.

—Y la entendería, pero no quiero que se lleve un disgusto y piense que soy yo una mujer frustrada.

—Pero, por evitarle un disgusto a tu padre no te vas a pasar así

toda la vida.

—No lo pienso. Dime, Alice, te llamo para que me des unas explicaciones.

—¿De cómo me hace el amor Harry?

—También… aunque ya bastante me has indicado.

Alice disfrutaba como si la poseyesen, hablando de su amor por Harry.

—Es recreativo, silencioso, lento, cuidadoso. Me sobetea, me pone al rojo vivo, me templa primero, ¿sabes? —qué iba a saber Lía —. Cuando yo estoy que salto me hace rabiar y yo espero temblorosa. Entonces él me besa. Me besa por todas las partes, Lía. Te digo que es de locura. Me estremezco, lloro, río, gimo, suspiro. ¡Qué sé yo! A Harry le vuelve loco verme así y entonces nos entregamos al placer.

—¡Cállate!

—¿Qué te pasa, Lía?

—Nada —intentó tranquilizarse Lía—. Que me pones a mí la piel de gallina.

—Mujer, ¿por qué no le dices a Frank que está equivocado, que no es así como él hace? ¿Qué la mujer es como un horno, que hay que calentarlo antes dé cocer el pan?

—Dime, ¿evitáis los hijos?

—De momento, sí. Ya sabes, somos muy jóvenes y Harry no está bastante situado. Tiene clientela, pero no la suficiente para sentirse satisfecho. Un hijo cuesta caro.

Hizo una pausa y añadió:

—Tú tampoco quieres quedar embarazada.

—Mira, no. Estoy estudiando y me fallan tres años para terminar y pretendo ser veterinario.

Y después de recibir Unos cuantos consejos más de Ali, se despidió y colgó. Se prometió a sí misma, hacer algo por despertar el interés de Frank.

A aquel paso, ella terminaba neurasténica, de modo que pensó que aquella noche, cuando llegara Frank, andaría por casa provocativa, en ropas menores y dispuesta a despertar los sentidos de su marido antes que sus ganas de comer.

Arregló la casa y después se fue al baño. Se dio un baño perfumado, se puso un camisón corto sin nada debajo y así se

dispuso a esperar a su marido.

* * *

Con todo el lío que se traía consigo, se olvidó de poner la mesa y sacar el asado del horno. Y aunque ya estaba apagado, el asado se quedó un poco seco.

Muy a lo vamp esperaba a Frank.

También sería mala suerte que no regresara aquella noche aunque le parecía imposible porque se había ido a Londres por la mañana y por la autopista de Londres a Brighton había unos cien kilómetros, que él podía recorrer en una hora no apurando mucho su «precioso» coche.

Pensaba que, de no regresar Frank, tal como estaba ella de excitada y enervada, era capaz de pillar el montante, y lanzarse a la calle.

¿Qué sabía ella de hombres?

Nada.

Se cansaba ya de fumar y lavarse la boca para no oler tanto a tabaco, cuando oyó el zumbido del ascensor y en seguida el llavín en la cerradura.

Era Frank.

Lía le hubiera dado con algo en la cabeza, pero prefería poner todo, lo que estuviera de su parte por despernar sus dormidos sentidos y los sentimientos. Porque entendía que todo en él salvo las ganas de comer, estaba como aletargado o dormido.

Frank colgaba el abrigo en el perchero y entraba hinchando las narices.

Pero lo que vio no fue la mesa puesta, porque justamente Lía, en su afán de sentir el placer y de despertarlo en su marido, se había olvidado de aquel detalle, ignorando que muchas veces, al hombre se le llega al placer por medio del estómago.

Frank entró en la salita sudoroso y anhelante.

Miró en torno y vio la mesa vacía.

No, no se detuvo en su mujer, que aparecía perdida en un diván medio desnuda.

—¡Lía! —gritó—. ¿Dónde está la comida?

Lía se movió felina.

Cualquier hombre menos comilón egoísta y materialista que Frank, se hubiera olvidado de todo teniendo delante a su mujer casi desnuda.

Pero Frank sentía cosquillas en el estómago y si bien no estaba en contra de las desnudeces, antes prefería llenar el estómago.

—Frank —susurró Lía.

Frank lanzó sobre ella una mirada pasiva.

—Vas a pillar un frío de espanto, Lía —dijo, y volvió a mover la cabeza buscando la mesa y la comida—. ¿No hay que comer en esta casa?

Lía se iba hacia él.

Vestía un camisón corto transparente, y sus senos, sus intimidades y sus formas quedaban como para volver loco a cualquiera.

Pues a Frank no lo volvían.

Dejaba el portafolios sobre una silla y olfateaba.

—¿No has hecho la comida?

—Frank —susurró de nuevo Lía.

Él la besó en la nariz y siguió buscando cosas que comer.

Lía le cruzó los brazos por el cuello, yendo tras él.

Frank la besaba, sí, pero al mismo tiempo sus ojos, lejos de posarse en el cuerpo escultural, buscaban los manjares.

—No me digas —decía mientras la besaba— que te has olvidado de poner la comida.

Lía estuvo a punto de darle una patada pero se aguantó.

A todo esto y siempre yendo pegada a él, Frank llegó a la cocina y dilató más sus narices.

—¿Está en el horno, no?

Lía se separó de él.

Lo miró ceñuda.

Estaba hermosísima.

Para volver loco al más cuerdo.

Pero Frank no era ni loco ni cuerdo. Era un término medio. O más bien nada.

—No te preocupes, Lía —decía, mientras, sacaba el asado fuera —. Yo lo preparé. Tú ve a vestirte, que te vas a helar.

Lía ya daba diente con diente, pero no por frío. Por cosas bien diferentes…

Observó que Frank ponía el mantel individual, la botella de vino, el pan la fruta, el queso… y luego sacaba el asado del horno y se sentaba dispuesto a tragarse todo.

Lía se fue al baño a ponerse una bata, regresó a la cocina y tuvo la santa paciencia de ver cómo Frank se tragaba todo lo que se había servido.

Lo hacía con deleite. Como si estuviera poseyendo a una mujer.

Hablaba de su trabajo, de lo que había hecho. Y guardaba largos silencios, mientras comía a dos carrillos.

Lía tuvo también la paciencia de esperar a que terminara de comer.

Ella no había comido. Pero no tenía ni pizca de apetito, y sí, en cambio de otras cosas que, por lo vis to le estaban vedadas.

Esperó y cuando Frank terminó de comer y bostezó, preguntó con raro acento algo vibrante:

—¿Qué? ¿Ya estas mejor?

Frank la miró largamente:

—La comida es lo primero.

Lía pensó que también para los cerdos era lo primero.

Pero no lo dijo.

Vio que Frank se levantaba y que entonces pareció advertir las desnudeces que la bata había cubierto en parte.

Se acercó a ella y la miró desde su altura.

—Estaba rico el asado, Lía.

—Ya.

—¿Vamos a la cama? Anda, que te daré gusto.

Lía fue.

No le dio gusto.

Frank como siempre, se desvistió se tiró sobre ella y la poseyó en cinco minutos.

Luego, sin que ella sintiera nada, dejándola nerviosa, excitada y enervada, Frank respiró hondo, suspiró y, sudoroso y relajado, dijo como todas las noches:

—¡Qué sueño tengo! A eliminar toxinas, hala.

Y al rato roncaba como un bendito.

Un tipo feliz.

Convencido, eso sí, porque ni siquiera lo había preguntado ya que lo daba por sabido, que su masculinidad había hecho

plenamente feliz a su mujer.

Lía decidió, entre lágrimas silenciosas, vuelta hacia la pared, que al día siguiente empezarla una nueva vida.

Y para empezarla, lo primero era eliminar el cero que tenía en su libreta de calificación trimestral.

IV

Jason había ido a verla por la mañana.

Ya Frank se había ido, lo cual dejaba a Lía algo más tranquila, pero siempre dentro de un odioso resentimiento. A decir verdad odiaba ya a Frank, su afán por la comida, su egoísmo y su falta de madurez. Por otra parte, y dado como era él, estaba segura que ante un buen chuletón o una espléndida mujer, su elección no tendría duda alguna: elegiría el chuletón.

No le consideraba capaz de olvidarse de comer por un ligue o un plan. Y si lo tuviera, tampoco ella sentiría celos. Es más, hubiera preferido que Frank llegara a casa complacido en este sentido, para que se olvidase de que debía de hacerlo con ella.

Como, las clases en la Universidad tenían lugar por las mañanas, esperaba visitar al profe aquella tarde, pues de no hallarlo en la clínica de perros estaba segura, o así lo creía ella, de encontrarlo en su apartamento. Y le hablaría claro con respecto a aquel cero inmerecido.

La llegada de su padre la animó un poco. Ciertamente él era para ella algo esencial, aunque en aquellas circunstancias mejor hubiera preferido no verlo, para que el padre no atisbara en sus ojos su desilusión. Y para evitarlo, procuró dar a su expresión una alegría que en modo alguno sentía, pues la verdad es que estaba lo que se dice absolutamente decepcionada.

—Hola, hijita, ¿cómo anda eso?

Y miraba en torno buscando a su yerno, por lo cual Lía murmuró, al tiempo de ofrecerle asiento:

—Frank sale muy de mañana y además, no regresa todas las noches. Es según la plaza que hace y lo que en ello empica.

—Una mujer recién casada —dijo Jason pensativo— debe tener

cerca al marido el mayor tiempo posible.

—Pero hay que vivir. Jason, y el dinero no lo regalan.

—Eso es bien cierto. ¿Os falta algo? ¿Quieres que te ayude?

—Oh, no. Para nosotros ganamos y nos sobra.

—Siendo así… Dime. ¿Continúa Frank comiendo tanto?

Lía no tenía ganas de meterse en honduras, así que respondió con brevedad:

—Según. A veces come mucho y otras menos…

—Yo lo he visto comer una barbaridad —miró en torno—. Has cambiado algo la decoración. ¿No se mete tu marido en eso?

—No —dijo Lía muy segura de sí misma porque además era verdad—. No se mete en nada. Yo creo que ni se ha fijado que cambié algunos muebles de sitio. Está mejor así, ¿verdad?

Jason se levantó y observó todo con curiosidad.

—La casa no es nueva y se nota que la han remendado un poco, pero puede pasar. Yo hubiera deseado algo mejor para ti, Lía, pero lo esencial no es el dinero ni el confort, sino la felicidad personal. Lo único que me tranquiliza es saber que has encontrado la pareja ideal para ti.

Lía pensó que parecía mentira que siendo su padre tan listo no se diera cuenta de que para ella, la pareja menos ideal, precisamente, era Frank. Ni para ella ni para cualquier otra mujer. Pero si Jason creía en lo que ella aparentaba, no se extrañaba nada que la considerase dichosa, y mejor era que ocurriese así.

—La felicidad de dos personas de distinto sexo —seguía Jason apuntando— es lo esencial. Se pasa uno sin comer si hay que pasar sin lujos y sin mil cosas más. Pero sin amor y comprensión, con todo lo que esto lleva consigo, no se pasa.

Pues ella pasaba.

Pero no se lo dijo a su padre.

Hablaron de mil temas y al final Jason se despidió, con lo cual Lía se quedó tranquila de que su padre viviera en la ignorancia respecto a ella. Se dispuso a buscar las notas para personarse al atardecer en casa del profesor.

Posiblemente Frank no regresara aquella noche, lo que le daría a ella un respiro. Había ido a Dover y posiblemente no terminaría su trabajo y se quedaría allí dos o tres días según había dicho antes de marcharse.

Si así ocurría, como esperaba que ocurriese, saldría al cine sola daría unos paseos por Brighton y si encontraba un plan lo aceptaría, pues al fin y al cabo era mujer, tenía sus necesidades precisamente despertadas por la inmadurez de Frank, y derecho a vivir y disfrutar.

Y cuando pasara algún tiempo, un año o año y medio empezaría a preparar a su padre y lanzaría al aire la palabra divorcio.

¿Qué cosa aducir?

Inmadurez sexual y psíquica de su esposo, o incompatibilidad de caracteres o cualquier otra cosa. Y el divorcio sería fulminante.

Fue transcurriendo la mañana y parte de la tarde, y hacia las siete procedió a vestirse.

Puso un modelo de fina lana color caramelo, de línea deportiva, unas finas medias que perfilaban sus largas piernas. Zapatos marrón de tacón medio más alto que bajo, un pañuelo en torno al cuello y buscó un abrigo *sport* de color también marrón y así atándolo a su breve cintura más esbelta cuanto más apretado llevaba el cinturón, Lía salió de casa después de lanzar una mirada rápida al espejo.

La verdad es que no pretendía estar más o menos bella, pero lo cierto es que el espejo le devolvió una imagen juvenil de lo más atrayente con aquel pelo largo sedoso y brillante muy lacio aquellos ojos rasgados y el dibujo sensual de sus labios húmedos, apenas demarcados, con una pincelada de *rouge* que los hacía, si cabe, más palpitantes.

No se pintaba mucho. Una leve capa ele maquillaje dorado una sombra en los ojos haciéndolos mayores aún y su belleza que era auténtica joven y sugestiva.

El bus la dejó como bien había dicho Eva a la puerta de la clínica de perros.

Se acercó a los Ventanales. Era invierno y ya noche cerrada a las siete de modo que pudo ver la Clínica por dentro a través de los cristales, porque había dos focos enormes encendidos partiendo de una esquina e iluminando la clínica por dentro. En una jaula preciosa bastante grande había perros de todas las razas. Sin duda aquel hombre además de curar animales, los vendía. Había también pajaritos y gatos, de Angora y todo era blanco y pulido y Lía sintió como ganas de colarse dentro y sentirse como un animalito más, pues todos tenían pinta de ser más felices qué ella misma. Por lo

menos carecían de sentido para sufrir la desdicha.

Con el bolso colgado al hombro, Lía buscó el portal, que era ancho y lujoso. Había plantas, un tresillo al fondo y una lámpara enorme colgada del techo. No preguntó por el profesor.

Eva le había dicho que vivía en el ático.

Pues hacia el ático emprendió la marcha dentro del cómodo ascensor el cual al fondo, tenía un espejo que le devolvió su imagen.

«Estoy bien —pensó—. Ahora es cosa de que el profe no sea un hueso y comprenda mi postura».

La verdad es que Lía era una joven audaz, y si no lo era más con su marido se debía a que ya había probado a ser de todas las maneras sin resultado alguno. De modo que la estúpida situación vivida la noche anterior, dijera lo que dijera Ali, no pensaba repetirla.

¿A qué hombre con sentido común despierto, con hombría, con virilidad, se le ocurre decirle a su mujer que, va a pillar frío en vez de echarse sobre ella y hacerla feliz?

A Frank.

Porque todos los hombres no podían ser iguales y la prueba estaba en que Harry el marido de Ali, era diferente.

Con esta convicción llegó al rellano y buscó en las tres puertas que había en aquel.

Una de ellas estaba medio abierta y en letras negras ponía «Gestoría».

En la otra no ponía nada, y en la tercera en letras doradas:

«Max Masón – Veterinario».

Allí se encaminó, pulsando el timbre.

Oyó pasos lejanos y en seguida se abrió la puerta, apareciendo él en persona.

Lía vio ante ella un tipo no muy alto, moreno, de ojos desconcertadamente claros, casi como el agua. Tenía una boca sensual de labios algo relajados y una nariz aquilina que daba a su rostro una buena dosis de energía.

—Lía Neil —exclamó él al verla—. Pasa, pasa.

Lía pasó.

Miró en torno como abstraída.

El apartamento era un conglomerado de objetos artísticos,

distintos. Formaban un conjunto muy confortable y de gran gusto. El piso tenía moqueta dorada y los muebles entre sí formaban el salón, lleno de cosas.

Miró al hombre.

Vestía pantalones canela algo caídos hacia las caderas, una camisa marrón de manga corta y abierta casi hasta el vientre dejando ver un pecho velludo y fuerte. Peinaba el cabello hacia atrás, pero como en aquel instante lo llevaba seco y era un cabello muy liso, se le iba hacia un lado de la frente formando una raya en lo alto de la cabeza.

—Pasa, pasa. Lo mejor es que te quites el abrigo —decía el profe.

Lía no lo dudó un segundo. Se quitó el abrigo. Allí dentro hacía calor. Él, muy elegante le ayudó a quitárselo y ya el roce de sus dedos en el cuello produjo en ella un leve estremecimiento.

Max se fue al vestíbulo que formaba parte del salón y colgó el abrigo en el perchero.

—Ponte cómoda. Ya sé por lo que vienes. ¿Qué pasa contigo? ¿Es que no piensas seguir la carrera por haberte casado? Ya me han dicho, sí, que te has casado…

Y como Lía no respondía y solo le miraba fijamente, él añadió riendo, mostrando dos hileras de perfectos dientes:

—Será mejor que tomes asiento. ¿Quieres tomar algo? Ya me dirás después el objeto de tu visita.

Y sin esperar respuesta se fue hacia una mesa de ruedas que tenía situada al otro extremo y vertió *whisky* en dos vasos, volviendo un poco la cabeza.

—¿Quieres soda o hielo?

—Las dos cosas —dijo Lía como sugestionada por la buena acogida que le dispensaba el profe—. Dos cubitos.

—Como yo.

Después, con los dos vasos en la mano, regresó al lado de la joven y le entregó uno.

Con la misma galantería a la cual no estaba habituada en aquellos días, asió una caja de la mesa próxima y la abrió ante ella.

—¿Un cigarrillo?

Lía tomó uno y esperó que él le diera lumbre.

—Ahora hablemos del objeto de tu visita.

—Ya sabe usted qué cosa me trae aquí.

—Oh, no, no… —rio él campanudo—. El «usted» queda para la Universidad. Aquí podemos discutir lo que sea, pero de tú a tú. No soy tan viejo, ¿verdad?

A Lía le estaba pareciendo un hombre maravillosamente joven y atractivo.

Sumamente atractivo.

Tenía una virilidad marcadísima y una masculinidad que se apreciaba apenas verlo.

Lía alcanzó el bolso que tenía próximo, lo abrió y extrajo las notas.

—Tú sabes —y pensó que le era muy fácil tutearle— que este cero yo no me lo merecí. Falté veinte días a clase, pero la evaluación de este trimestre estaba hecha cuando yo me casé, porque me casé, precisamente, esperando algunos días para dejar eso listo.

—¿Eres feliz? —preguntó él inclinándose hacia adelante, apoyando los dos brazos en las piernas abiertas y sujetando con las dos manos el vaso de *whisky*.

Lía se sintió perturbada ante aquellos ojos que la miraban como si le desnudaran el alma.

—¿Qué relación tiene eso con el cero que vengo a discutir?

—No mucha, pero es curiosidad.

—No me gustan los curiosos.

Él empezó a reír alegremente.

Lía se preguntó cuándo vio ella a Frank reír así.

No. Frank no reía.

Comía, presumía vanidoso de su machismo, cuando era todo lo contrario, y nada más.

Se sentía a gusto allí, aunque estuviera discutiendo lo del cero.

—No te enfades conmigo. Pero en tu cara no se refleja una gran felicidad.

—Eso es cosa mía —dijo ella enojada.

—Te pones preciosa cuando haces ese mohín de enfado.

—Bueno, ¿qué pasa con el cero?

—No vamos a hacer nuevas actas para quitártelo, ¿entiendes? Está puesto y puesto está. Ahora bien como espero que no sigas faltando a clase, ya te recuperarás y sin duda aprobarás la

asignatura. ¿Por qué estudias?

—¿Cómo que por qué estudio?

—¿Por vocación o por hacer algo que no te aburra demasiado?

—Lía llevó el vaso a los labios y bebió un trago.

Después miró de nuevo a su interlocutor, el cual, a su vez, no dejaba de contemplarla.

—No soy rica —dijo, enojándose un poco—. De modo que no puedo darme el gusto de pasar por la Universidad a entretener un aburrimiento que no siento. Por otra parte, estudio por vocación.

—Tu boda ha sido inesperada. Yo te veía allí todo el curso modosita, estudiando y atendiendo perfectamente y de súbito desapareciste. ¿Cortejaste mucho tiempo?

Lía pensó que nada tenía todo aquello que ver con lo que iba a discutir allí, pero Max la impresionaba bastante. A decir verdad, cuando apareció por la Universidad ya se sintió ella como atraída hacia su simpatía. Tratándolo ahora de igual a igual, resultaba infinitamente más simpático y atractivo.

No es que fuese un hombre guapo, que si se le miraba bien, era lo que menos tenía: Belleza. Las facciones eran irregulares, su pelo demasiado lacio y su boca más grande de lo normal. Solo los ojos pardos tenían como chispitas dentro, negras, rutilantes.

Lía desvió los ojos de aquellos otros y dijo:

—No cortejé mucho tiempo.

—¿Tu marido es… veterinario?

—Claro que no. Es representante de comercio.

—Te adorará, ¿no?

—Es posible.

—¿Es que lo dudas?

Y sus dedos se separaron del vaso para tocar la mano de la joven.

Lía sintió como si todo se electrizara.

Se estremeció de pies a cabeza y miró hacia un lado, murmurando:

—Bueno, si no puedes quitarme el cero, debo irme ya. Venia dispuesta a decir un montón de cosas feas —se alzó de hombros—, pero no me salen.

—Puedes decirlas. Yo soy un hombre joven, dispuesto siempre a escuchar las palabras de una mujer joven y bonita como tú.

—De todos modos no sé a qué fin has puesto ese cero inmerecido.

—Tal vez era la única forma de atraerte a mi terreno. Conociéndote como te conozco un poco, lo suficiente, sospechaba que no te ibas a quedar rumiando el cero. Y acerté.

—O sea, que estabas pensando que vendría.

—No sabía cuándo, pero que tratarías de discutir, conmigo el asunto sí que lo pensé. Y por eso te lo puse.

—Pero… ¿qué cosa deseabas de mí?

—Verte, ¿te parece poco? Verte de cerca —añadió sin darle tiempo a ella ni a responder ni a reflexionar—. Comprobar si eras tan bonita como me parecías de lejos.

—¿Y bien? —preguntó audaz.

Él rio y sus dedos volvieron a deslizarse hacia los de Lía, pero no se quedaron en su mano, se metieron como al descuido bajo la manga del vestido.

—Para.

Su voz era tenue.

Max, que tenía su experiencia y que no era poca, se dio cuenta de que aquella muchacha estaba falta de ternura y de atención masculina. ¿Qué clase de hombre sería su marido? Porque de ser feliz con él, no se estremecería bajo el contacto de sus dedos.

—Eres infinitamente más hermosa de cerca —susurró.

Y sus dedos dejaron el brazo femenino y se alzaron hasta la cara de Lía, que parecía paralizada y sin saber qué hacer, así de desconcertada y temblorosa estaba.

—Oh, no —susurró Lía.

Pero no se movía.

Jamás había sentido aquello…

Era como si un calor desde dentro se le escapara hacia afuera, la envolviera toda y la estremeciera y la conturbara.

Max dejó el vaso sobre la mesa y se levantó.

Se fue a sentar junto a Lía, de modo que sus piernas rozaron las de la joven.

—Lía —dijo y sin más le quitó el vaso de la mano y le pasó un brazo por los hombros.

Lía se preguntaba qué cosa tendría que hacer.

Qué sería más prudente.

Escapar o quedarse allí esperando que él la besase al fin.

—Yo he venido… a discutir el cero —susurró.

—Claro.

Pero no separaba el brazo de sus hombros y su mano caída al otro lado llegaba al pecho.

Lía se agitó turbada e inquieta.

Max por su parte, pensaba que aquella muchacha no era feliz la notaba muy sensibilizada.

Sí, era sensitiva y cálida y bastaba tocarla para sentirla temblar. De haber estado enamorada, hubiera echado a correr.

Se preguntaba qué esperaba él de todo aquello.

La verdad es que estaba estudiando cuando ella llegó y no se le pasó por la mente siquiera conquistarla. Sí que deseaba verla, pero también deseaba ver a mu: chas de sus alumnas y no por eso las cortejaba.

—Basta —susurró Lía viendo que los dedos de él se movían inquietantes y acariciadores—. Por favor, te ruego…

—¿No te hace eso él?

Lía se menguó.

Claro que Frank nunca la tuvo así.

¡Jamás!

—Deja, para —pidió y casi iba a llorar.

Max estuvo a punto de dejarla irse sin más.

Pero la tentación era muy fuerte.

Y ella muy bonita, y más que bonita sensitiva.

Por eso, de súbito, dejó de acariciarla y le volvió la cara hacia él con aquella misma mano. Con la otra le sujetó el mentón y le buscó los labios.

Asombrado notó que temblaban bajo los suyos.

Era apasionado y se encendía a medida que la besaba. Lía estaba tan asombrada y desconcertada, que no sabía qué cosa hacer.

De repente, él preguntó:

—Lía, ¿no quieres o qué te pasa?

No sabía qué hacer.

Temblaba, con ganas de salir corriendo antes de entregase al placer de aquel instante.

Max no esperó respuesta. Notaba que ella estaba, entre encogida y temblorosa y asiéndole la cara con las dos manos; abrió la boca y

la beso apasionadamente experimentando un goce raro.

Como nunca sintió junto a otra mujer.

¿Qué le ocurría a Lía?

O no sabía besar o se reprimía. Las dos cosas no podían ser. Reprimirse, tal Vez.

—No la cierres…

Lía se menguó más. Casi se había escurrido por el diván, pero él la alzó con los dos brazos y la mantuvo perdida en ellos.

Los ojos de Lía estaban cerrados y él continuó besándola.

Un vapor ardiente le subió a la cara.

Frank jamás había hecho aquello con ella.

Como estaba temblando, agitada y perturbada, se separó de él.

Se levantó y abrochó el vestido con precipitación.

—No tienes… derecho —gimió.

—Perdóname, pero…

Lía se iba.

Pero Max iba tras ella.

—Oye, Lía; reflexiona. No creo que pase nada por entretenerse un poco.

—No tienes…

—¿Vergüenza?

—No sé. Lo que sea.

—Anda, ven… Me gustas tanto… Podemos pasar un rato juntos y luego nos olvidamos, si quieres.

Como si ella, después de vivir aquel instante, pudiera olvidarlo.

Pretendía escapar de aquella tentación, pero Frank, sin querer o creyéndose tan macho, iba a empujarla.

—A mí me gustas mucho, Lía —decía Max pegado a ella—. Me gustaste desde el momento de entrar en la Universidad. Eres diferente a todas en tu aspecto y ahora puedo comprobar que estás llena de sensibilidad. Perdóname, Lía —volvió a asirle la cara con las manos—, pero… se me antoja que no eres feliz.

—¡Cállate!

La besó dé nuevo.

La deseaba, sí.

La había deseado siempre. Cierto que él no quería líos en la Universidad, pero en aquel momento estaba en su casa y allí hacía lo que tenía ganas de hacer, y tenía ganas de apoderarse de Lía

cómo jamás tuvo de apoderarse de mujer alguna.

Lía, que era fruto propicio, se debatía entre el deber y la ansiedad.

Pero ganaba el deber.

Cuando sintió los dedos de Max perderse por su cuerpo creyó que iba a desmayarse. Se separó de él dando un grito y llegó a la puerta asiendo el bolso por los aires.

Max dijo con lentitud:

—Vuelve, Lía. Cuando vuelvas… ya sé a qué volverás. Tienes que volver.

Lía se ocultó la cara con el abrigo.

—¿Qué temes, Lía? Es natural. Dos personas se desean a rabiar, y a mi eso me ocurre, y me parece que a ti, por lo que sea, te ocurre igual.

Lía se puso el abrigo con precipitación. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Había que ser muy fuerte para escapar de aquella tentación, porque en ella el terreno estaba abonado para ceder.

Respiró con fuerza.

Max, no lejos de ella, repetía con cálido acento:

—Has de volver, Lía. ¿Oyes? Hoy, mañana, pasado. Pero tienes que volver.

Y como ella se ataba el cinturón tropezando los dedos nerviosos, unos contra otros, Max aún añadió:

—No eres feliz. Por lo que sea, creo que me necesitas a mí tanto como yo a ti. Los hombres hacen las leyes, y la vida los sentimientos. Estos son fuertes. Lo fueron desde el momento que te vi. No mereciste el cero ni mucho menos. Pero yo tenía que verte a sotas y por eso te lo puse. Por favor, quítate el abrigo y quédate aquí. Si no te quedas hoy, volverás luego o mañana. Yo estoy seguro de saber hacerte feliz.

También ella lo sabía. Por eso huía.

Tenía un miedo atroz.

Y no a serle infiel a Frank, que se lo merecía, sino por sí misma, porque le daba vergüenza, y más que nada porque se sentía menguada ante aquellos estremecimientos de deseo incontenible que la sacudían.

Cuando ya tenía el abrigo puesto y Max estaba algo más calmado, fue hacia ella y la sujetó por los hombros. La miró así a

los ojos, aunque los de ella huían temerosos.

—Por lo regular, una mujer enamorada que es feliz no se estremece junto a otro hombre. Tú actúas como si desconocieras el amor y todos los ingredientes que consigo conlleva. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué clase de hombre has elegido que no sabe blandir la cuerda sensible de fu sor? ¿Qué hombre tienes tú por compañero? Lía no me digas nada. Tengo demasiada experiencia. He vivido lo mío desde muy joven… Conozco a las mujeres. Tú eres la más deliciosa ingenua que yo he conocido. Me da la sensación de que si fueras mía, sería la primera vez que fueras poseída. ¿Te das cuenta, Lía? ¿A quién guardas tú consideración?

—Déjame… marchar.

Sí, seguro.

No podía evitarlo.

Sabía desde aquel momento dónde podría desahogar sus represiones, sus decepciones, sus frustraciones.

Max, casi adivinando lo que pensaba, la sujetó mejor y le buscó la boca con suavidad. No fue violento ni impetuoso. Pero fue peor.

Aquella suavidad de sus labios para moverse sobre los suyos.

—Dame tu boca, Lía.

¿Frank?

Ni pensarlo. Frank besaba juntando los labios con los de ella y después la poseía y luego se echaba a roncar.

Ali había dicho que el horno hay que calentarlo antes de cocer el pan.

Pues ya estaba caliente.

Pero no por Frank. Por Max.

Tuvo miedo.

Una vez más tuvo miedo de su debilidad y se separó de él abrió la puerta y bajó corriendo las escaleras.

V

Iba tan excitada y nerviosa, que caminó de prisa, como si sus piernas pretendieran amortiguar el peso de sus súbitas ansiedades.

Comprendía la pasión de Ali y de muchas mujeres que no se separaran de sus maridos. Comprendía incluso a las mujeres que prostituyen sus vidas por el placer. Comprendía las debilidades humanas, las pasiones de los hombres, las entregas de las mujeres.

En aquel instante lo comprendía todo.

Subió al bus como un autómata y cuando se pegó al mamparo y un hombre intentó pegarse a ella, de un empujón lo echó lejos y se fue a poner de espaldas en una esquina.

Se sentía tremendamente excitada. No creía que aquella noche, si Frank volvía, pudiera ella evitar echarse sobre él y luchar por su derecho a sentir placer. Pero bien sabía que el placer solo lo sentiría él, que se pondría a roncar como hacía siempre.

Odió a Frank y se dijo que ni siquiera por la tranquilidad de su padre podría ella vivir mucho tiempo junto a aquel hombre cargado de ignorancia e inmadurez.

Tampoco podía serle fiel.

Había sentido aquella tarde lo que no creyó sentir jamás e iba a volver por ello. Sería inútil luchar.

Cuando entró en su casa se fue directamente al baño. Frank no había vuelto, lo cual facilitaba las cosas, pues no tendría necesidad de explicarle adónde había ido y seguro que si tuviera que decirlo, lo haría con torpeza y aun temblando.

Necesitaba despejar aquel ardor y se desvistió con precipitación. Se miró al espejo. Su talle esbelto, sus piernas largas, sus pantorrillas perfectas y sus caderas redondeadas.

Se metió en la bañera protegiéndose el cabello bajo un gorro de

goma y se frotó con vigoroso brío.

Esperaba que todo aquello se le pasase. Necesitaba un desahogo y no sabía cómo lograrlo.

Se fue desnuda a la alcoba y buscó un vestido cualquiera. Era de tipo camisero y ató el cinturón con fiereza. El ardor no se le había pasado.

Por su mente corría un vapor destructivo y a la vez tan cálido que parecía iba a romperle las sienes y los pulsos.

Se calzó y sacudiendo el cabello se fue al salón a esperar por Frank.

¿Qué le diría?

No podría irse a la cama con él aquella noche. Porque de dejarla peor aún que estaba, ella era muy capaz de perder totalmente la paciencia.

Frank, si no regresaba a las diez, es que se quedaba en Dover. De modo que como un autómata, Lía se vio a sí misma poniéndose la gabardina.

Así.

Con la misma sencillez que aceptaba su derrota.

No podía aguantarse.

No era capaz.

No había tanta voluntad en ella para saber doblegarse ante aquella inmensa ansiedad que la agitaba, llevando su imaginación a los dedos de Max, a su contacto, sus labios en su boca…

No era tan fuerte, no.

Así que salió y cerró la puerta de su piso con cuidado y después bajó corriendo las escaleras.

Hacía frío.

Levantó el cuello de la gabardina y se fue a la parada de taxis sin pensarlo dos segundos más. No podía evitarlo.

Tenía que ver a Max.

Verlo de nuevo y sentir el contacto turbador de sus caricias, de su protección.

No se consideraba Culpable de nada. Si ella estaba así no tenía ni siquiera la culpa Max, porque si ella hubiera sido mujer satisfecha, seguro que Max ni siquiera se hubiera propasado. Pero ella era una mujer reprimida y tenía veinte años y era humana, apasionada, palpitante, vehemente, excitante y sensitiva.

Todo lo cual formaba aquella amalgama de deseos incontrolados.

El taxi se detuvo en la dirección indicada y Lía no quiso mirar ni siquiera hacia el escaparate iluminado de los perros, pájaros y gatos.

Se sentía peor que ellos.

Allí dentro, aquellos animales eran felices y en cambio ella era una desgraciada total, una frustrada, una reprimida, y si había sido estrecha hasta entonces, no lo seguiría siendo porque creía tener derecho a la vida, al placer, al goce, al entendimiento con otro ser humano de distinto sexo y aquel ser humano estaba allí, detrás de aquella puerta cuyo timbre ella pulsaba con fiereza.

Apareció Max restregando los ojos, con los cabellos algo alborotados, en pijama de color cremoso. Al ver a Lía lanzó como una exclamación sorda, alargó la mano y tiró de ella hacia el interior cerrando después la puerta.

La miró en silencio.

Largamente.

Después, sin dejar de mirarla, sin pronunciar palabra pasó las dos maños por los cabellos y los alisó maquinalmente, para luego ayudarla a despojarle de, la gabardina.

Lía no podía pronunciar ni una sola palabra, porque de, hacerlo estaba segura que sería llanto lo que saliera de sus ojos y su boca.

Max debía de estar comprendiéndola, porque después de colgar él mismo la gabardina y el bolso, medio en penumbra, le puso un brazo por los hombros, la apretó contra sí y la llevó pegada a su costado.

Ella sentía como una nebulosa en sus ojos, pero aquellos veían apenas una tenue luz procedente de una esquina y se veía a sí misma en silencio, temblando, llevada por Max hacia aquella luz.

—No me gusta la luz fuerte —decía Max de modo raro, como si la voz fuera a fallarle de un momento a otro—. Me gusta esta luz azulosa que produce somnolencia.

Era una alcoba. Una cama enorme, tan ancha como larga, dos mesitas de noche a ambos lados y dos lamparitas que despedían una luz azulosa. No pudo ver nada, más porque cerró los ojos.

Max la mantenía de frente contra sí y la besaba.

Después sus dedos desprendieron el vestido.

Lía temblaba.

No sabía qué palpitaba más en ella, si las sienes, los pulsos, los labios o un tremendo deseo que la excitaba al máximo por la forma de hacer de Max, a lo que ella no estaba habituada. Ni siquiera soñó que existiese.

Max la retuvo contra sí y deslizó sus dedos por todo el cuerpo femenino, acariciantes. Con esa suavidad de caricia lenta, como si lo que pretendiera fuese causar placer más que sentirlo. Pero lo sentía.

Siempre deseó a Lía desde su mesa de profesor.

Siempre en su mente había aquella muda interrogación. ¿Cómo era apasionadamente aquella muchacha? ¿Cómo correspondería al amor?

Lo estaba viendo en aquel instante. Se agitaba sobre sus dedos, bajo aquellas caricias y se daba cuenta de qué aquella criatura no había sentido nunca el amor.

La besaba en plena boca y ella correspondía con ansias. Luego, la poseyó.

Max perdió un poco el control.

No esperaba tanto de su alumna.

Pero, por lo visto, aquella sensible muchacha jamás había sentido aquello.

Estaba sudoroso, pero relajado cerca del cuerpo tendido de Lía. Ni una palabra.

Se diría que ambos, por distintas causas, temían romper aquel silencio.

Él se volvió de lado y con suavidad la besó en la mejilla, el cuello y los senos.

Lía alzó una mano y apresó con cálida ternura aquella cabeza masculina y la retuvo así sobre su pecho.

Nunca supieron el tiempo que estuvieron así.

Fue él, con lentitud, el que inclinado hacia ella susurró:

—Es la primera vez que lo sientes, ¿verdad?

Ella movió la cabeza asintiendo.

—Entonces, él…

—No me hace sentir nada.

—Me lo imaginé. ¿Por qué no te divorcias? ¡Es lícito!

Sé lo explicó.

Con voz tenue, empalidecida. Y él argumentó:

—Tal como retratas a Jason estoy seguro de saber lo que está pasando, ya había ido a tirar al mar al cabezota de Frank.

—Pero yo debo evitarle ese disgusto a mi padre. Él me adora, desea para mí lo mejor, nunca estuvo de acuerdo con mi matrimonio, pero… me he casado y no puedo ir a decirle ahora lo que me ocurre.

Se separaba de él y buscaba su ropa.

Bajo la tenue luz azulosa, Max la miraba con ansiedad.

—Lía…, ven mañana a clase.

Ella se estremeció como si aún la estuviera poseyendo.

—No sé si podré. Verte allí… será…

—Allí seré tu profesor. Aquí… lo que tú quieras.

Así fue la cosa.

Lía ya estaba vestida y Max aún quedaba tendido en el lecho viéndola alejarse.

—Lía…

Ella no se volvió.

Casi le daba vergüenza.

—Vuelve…

—Sí.

* * *

Nadie hubiera dicho, al verlo en clase tan serio, tan circunspecto, tan frío para explicar la lección, que aquel hombre era como ella le conocía.

Las clases para Lía eran un puro nervio, y ni una sola vez sintió en su rostro los claros ojos del profesor, los equívocos, ansiosos, anhelosos o culpables…

Era su mirada serena y cuando tuvo que llamarla, la llamó y ella quedó rígida y firme explicando lo que él preguntaba.

Solo más tarde, al pasar por su lado, le entregó la libreta, diciéndole con absoluta naturalidad:

—He corregido unos apuntes.

Lía sabía que su libreta no tenía nada que corregir.

Ni siquiera era su libreta. Era una cualquiera.

La metió entre los libros sin levantar los ojos y cuando pasó a la

clase siguiente, abrió aquella libreta leyendo dos frases tan solo con un claro francés, pues él sabía que Lía dominaba el francés como su propio idioma inglés.

«Estaré a las siete y diez minutos. No faltes».

Rompió la hoja y pasó las demás clases como un autómata.

Se sentía distinta.

No era una mujer frustrada, no era una reprimida. Era una mujer liberada y había sentido el amor con toda la fuerza de su ser y el otro que se lo daba. Jamás creyó que el amor entre un hombre y una mujer fuera así, pero el hecho de conocerlo en toda su intensidad le daba a ella una savia fuerte, íntima, nueva y poderosa.

¿Frank?

Quizá no volviera tampoco aquella noche y si volvía, ya pondría un pretexto para evitarlo.

No se creía con fuerzas para pasar de la intensidad amorosa de Max a la pasividad absurda de Frank.

No obstante, después de romper la nota y de tirar los papeles a la salida de clase, se fue sola a su casa, procurando no caminar junto a sus compañeras, pues tenía demasiadas cosas en que pensar, para liarse a hablar de estúpidas frivolidades, o incluso, de libros de texto.

Tampoco se fue a ver a Ali.

Tenía miedo de que todos vieran en su cara una felicidad distinta. En el brillo de sus ojos la dicha de haberse sentido mujer. Que vieran aquel secretó tan guardado de su vida.

Había terminado de almorzar cuando apareció Jason Sonriente, gallardo e interesante como siempre.

Por lo que fuera, Jason no dejaba de visitar a su hija cada dos o tres días. Se diría que estaba a la expectativa y que como hombre, no acababa de gustarle Frank para marido de su hija. Ciertamente, pese a que Lía aseguraba ser feliz, Jason tenía sus dudas al respecto y no le cabía en la cabeza que una personilla tan suave, cálida y delicada como su hija, fuera feliz bajo el cuerpo de aquel hombre que a él se le antojaba un burro con dos patas.

Pero tampoco era nadie para meterse en la vida de su hija y menos aún para dudar de la felicidad que ella decía sentir.

—Hola, Jason —saludó, estampándole un beso en cada mejilla.

Jason le golpeó el hombro con ternura.

—¿Cómo anda eso, Lía?

—Bien, papá.

—Cuando me llamas papá se me antoja que soy más viejo.

—Tú presumes de joven, Jason, y eso te hace vanidoso.

Jason rio de buena gana y fijó los ojos en el semblante iluminado de su hija.

—Lía —dijo—, hoy sí pareces feliz.

Lo era.

Que le diera Frank o Max aquella felicidad poco importaba. El caso es que ella lo sentía.

—Lo soy, Jason —afirmó.

Y su voz era segura.

Jason dio dos cabezaditas mirando en torno.

—¿Dónde anda tu marido?

—En Dover.

—¿Todo el día?

—Desde ayer mañana. No ha venido a dormir.

—No lo entiendo, ya ves. Yo tengo una esposa como tú y cruzo el Atlántico a nado si es preciso para estar a tu lado. Y no concibo que estando en Dover y teniendo el coche que tiene, no haya hecho el recorrido esta noche para estar a tu lado.

—No se puede abandonar una plaza a medias, Jason. Tú eres tú y Frank es Frank.

—Pues mira, qué quieres que te diga, no lo entiendo.

—He ido a clase hoy —dijo para distraerle.

—Bueno es que te reincorpores a la vida normal. ¿De veras crees que terminarás la carrera?

—Estoy segura de ello.

—¿Y si te quedas embarazada?

No había cuidado.

—Procuraré no quedar, Jason. De momento no me interesan los hijos. Soy bastante joven para tenerlos cuando realmente me convenga. Y Tos tendré, ya lo verás.

—Eso es verdad.

Tuvieron una conversación como siempre que se hallaba junto a su padre, entretenida. Pero Jason, qué paraba poco en un lugar determinado, se fue y ella se dispuso a dejar todo dispuesto para

irse a las siete al apartamento de Max.

Dejaría la comida de la noche hecha por si volvía Frank. La mesa puesta y en el caso de que Frank llegara antes que ella, ya teniendo la mesa puesta y la comida lista en el horno, quedaría complacido.

Después de dejarlo todo dispuesto y a punto, escribió una nota:

> «He ido al cine. Si llegas antes que yo, tienes la comida en el horno. Basta que la calientes».

Ni puso firma.

Pasó al baño y se duchó.

Sentía como si tuviera alas.

Como si todo el mundo le perteneciera. Sabía que era muy violento para ella dar clases con Max, pero ya se iría acostumbrando.

El solo pensamiento de que Max le faltara la destrozaba.

No le faltaría. Ella había sido feliz a su lado, pero ¿no lo había sido él a su vez? Parecía que sí.

Además, entendía que Max no era un veleta, ni un vividor, ni un cínico de esos que cambian de mujer cada dos días.

Se vistió con calma.

Recordó, mientras se vestía, que jamás Frank se fijaba si cambiaba de vestido o no, o si llevaba un peinado diferente o un perfume distinto.

Las palabras que en voz baja le había dicho Max, no solo le, colmaron de feminismo, sino que además le halagaron y le hicieron sentirse más, mujer.

Se miró al espejo y le devolvió su elegante figura esbelta, dentro de un modelo verdoso liso, modelando su cuerpo, tres collares colgando y calzaba botas negras, bolso del mismo color y un abrigo muy *sport* también de color negro, suelto.

De este modo salió de casa y atravesó la calle.

Sentía como, si le volaran los pies hasta la parada del autobús. Eran las siete en punto y entre que hacía el recorrido, descendía del bus en el otro lado y subía en el ascensor, serían las siete y media.

¿Qué diría Ali si supiera? Pero no iba a saberlo. Aquello solo lo sabrían ella y Max.

Pulsó el timbre con firmeza. No había en ella un temblor o una

vacilación. Y si alguien tenía culpa de lo que estaba pasando, no era ella ni Max, sino Frank. Su inmadurez y su vanidad.

Frank no admitía en modo alguno su falta de experiencia para tratar a Una mujer. Ella tampoco era una frígida de nacimiento, porque bien se dice que no hay mujer frígida con hombre hábil. Ella no tenía culpa alguna de que Frank le preguntara si estaba satisfecha, porque por descontado daba que se quedaba plenamente saturada de su amor solo porque lo sentía él. Por otra parte, si en alguna ocasión lanzado el pudor al diablo se lo reprochó, Frank tenía siempre la misma estúpida respuesta.

«Haberte apurado, hija».

Y eso era todo.

Eso era su matrimonio.

¿Podía alguien, pues, reprochar el que ella buscara el consuelo en quién sabía dárselo, el desahogo, la plenitud?

Nadie.

—Pasa, Lía —dijo Max asiéndola de la mano. Y seguidamente la ayudó a quitarse el abrigo.

La apretó contra sí y le buscó la boca. Sus besos cálidos y hondos, deslizando la lengua como si buscara una golosina.

Y ella correspondió con anhelo.

La separó de sí y volvió a mirarla.

—¿Ha vuelto Frank? —preguntó riendo.

—No. Pero seguramente volverá hoy. Le dejé la comida lista.

—Entonces, no te echará de menos —movió la cabeza empujándola suavemente hacia el interior del salón—. Lía, no entiendo cómo has podido cometer esa equivocación, siendo una muchacha tan sensible como eres tú.

—El destino juega malas pasadas, Max.

Se sentó en un diván y echó la cabeza hacia atrás con desaliento.

—¿Estás desganada? —preguntó él, cariñoso—. Te traeré una copa.

—Me hará bien, no creas.

Mientras él, enfundado en unos pantalones azules y una camisa a rayas, iba hacia la mesa de ruedas, ella murmuró:

—Se me hace violenta la clase. ¿No puedes pasar sin preguntarme nada?

—¿Y dar que pensar a las demás alumnas?

Ya volvía con dos vasos y se sentaba enfrente de ella.

—Bebe, Lía.

—Te digo que me pones muy nerviosa en clase.

—Es por lo que sabes, Lía. Por lo que sientes: Te habituarás poco a poco.

—Crees que lo nuestro va a durar…

—¿Esto? —preguntó—. Sí, todo el tiempo que tú quieras, y si me dejas sufriré —estaba serios—. Te metes dentro de uno, Lía. Calas, ahondas… No es fácil pasar por tu intimidad y olvidarte después. No es nada fácil. Ni fácil para mí verte en clase y tener que mirarte con indiferencia. Y tener que preguntarte la lección y sentir tu voz sin poder cerrar los ojos para recrearme con su sonido. No —volvió a mover la cabeza con fiereza—, nada fácil. Si para ti no lo es, piensa que para mí es un puro suplicio. Es más, de buena gana te pediría, que dejaras de estudiar.

—No, —saltó—. No quiero dejar de estudiar. Me reprimía. No sería yo. Tengo que seguir.

Él la miró fijamente.

—Lía…, ¿has pensado en los hijos?

—Sí.

—No me gustaría que tuvieras uno mío y verme obligado a pensar si sería del bruto de Frank.

—No tendré, hijos mientras esté con él. Pero me voy a divorciar. No sé cuándo. Cuando no pueda tolerarlo más.

—¿Aún puedes…?

—Desde ayer noche, posiblemente no pueda. Pero tampoco creo que sea difícil evitarle. Frank es un tipo desapasionado y mientras no se casó conmigo se las arreglaba solo.

—¡Qué bestialidad!

Se levantó y se acercó a ella sentándosela su lado.

—Sabes, Lía, ahora a media luz me gustaría tenerte aquí, poseerte aquí… ¿Permites que te despoje de las botas?

Lo hacía ya.

Arrodillado a sus pies se las quitaba y después la acariciaba suavemente.

—Max…, aquí estoy incómoda.

—Tiéndete…

El diván era ancho y podía con ambos, pero Max la deslizó con

cuidado hacia la moqueta y los dos quedaron mirándose.

Aquella fue una tarde de locura.

Max resultó, aún más cuidadoso, más recreativo, más lento en su hacer hasta ponerla cálida y en vilo.

Él se reía y su risa iba a morir cuidadosa en la boca que se abría en la suya y sentía el cálido contacto de la lengua femenina rozar sus dientes y meterse por ellos, y los dedos de Lía rodearle y acariciarle los cabellos, bajando y subiendo nerviosos, como si se arrastraran por su espalda.

Nunca le pasó con otra mujer.

La sensibilidad de aquella criatura le sensibilizaba a él hasta extremos insospechados. Es más, sintiendo a Lía era imposible pensar en buscar amor en otra mujer. En aquella criatura se recopilaba todo como un aglutinamiento de deseo, de ansiedad, de posesión y sensibilidad.

Cuando quedó tendido, casi exhausto, sintió la caricia de las manos femeninas en sus cabellos, en su cuello, en su espalda y la tenue voz deslizarse por su oído.

—Max…, me estarás llamando mala mujer.

—Calla, calla.

—No lo soy, Max. Es que… no he descubierto esto hasta ayer.

—Lo sé.

—Es que debo quererte mucho, Max.

—Sí, Lía. Yo también a ti.

—Vendré todos los días a una hora u otra tendré que venir.

—Si no vienes un día, ten por seguro que voy a buscarte.

—No digas eso.

—Es que ya no concibo una mujer que no seas tú.

—Max, ¿crees que es amor?

—Es pasión, es amor, es ternura, es entrega, es todo entre los dos, Lía. Es como si fuéramos uno solo, pero a la vez dos, y disfrutáramos uniéndonos.

VI

Llegó tarde a casa. Eran casi las once y nada más entrar, ya vio el gabán de Frank colgado en el perchero de la entrada.

Se preguntó cuándo tendría ella valor para hablarle a su padre, para presentarle la papeleta a Frank.

Aún sonaban en sus oídos las últimas palabras de Max: «Tienes que pedir el divorcio cuanto antes. No aguanto así, ocultando algo tan mío, que tanto necesito. Esto nuestro está muy por encima, incluso de la sexualidad. Es verdadero, de dentro, de ambos, nuestra más honda intimidad sentimental».

Era así.

Ella ya lo sabía y no pensaba vivir como una ladrona, pero tampoco creía aquel el momento de decirle a Jason que se divorciaba, porque el decírselo a Frank era más fácil.

Es más, estaba por apostar que, con tal de no quitarle el piso ni pedirle pensión alguna, Frank se quedaría tan fresco. Claro que tendría que prescindir de su «muchacha de servicio» que en aquel caso era ella, y eso sí que no iba a agradarle tanto.

—¿Eres tú, Lía?

Tenía la boca llena.

Lía entró sin responder después de quitarse el abrigo negro y colgarlo en el perchero.

La miró en rápida ojeada y también ella a él.

Frank estaba sentado ante la mesa, recreándose en su comilona, bebiendo su vino y saboreando el rico manjar de la carne asada, los huevos con jamón y la fruta fresca.

—Está sabroso esto —farfulló—. ¿Qué tal?

—Hola, Frank…

Él siguió comiendo, pero dijo:

—¿Qué tal lo pasaste ayer noche sin mí? —y el muy engreído aún añadió—: No muy bien. Seguro que echas de menos a tu macho.

Lía se fue hacia él cuarto sin responder.

Era todo tan distinto…

Tan opuesto.

Apretó los labios y en el cuarto procedió a cambiarse de ropa.

La ropa olía a Max.

No soportaba que Frank le tocara.

—Eh, tú, ¿no me dices cómo lo pasaste ayer?

—Me estoy cambiando —gritó Lía.

Se puso rápidamente un pijama y una gruesa bata, calzó chinelas y apareció de nuevo ante él con el cabello prendido con una cinta detrás de la cabeza.

Frank terminaba su comilona y bostezaba:

—¿Qué tal el cine? Ya vi tu nota al entrar. No creas que viniendo cansado como vengo, me gusta tener que calentar la comida. Pero venia hambriento y lo hice en un periquete.

—Me gustaría saber cuándo no estás tú hambriento.

—Ah, pues pese a lo que he comido, comería aún mucho más.

Lía sintió náuseas.

Se puso a recoger la mesa y Frank se repantingó en el sillón con un vaso de vino en la mano.

—No hay nada como una buena, comida. ¿Qué? ¿No tienes ganas de irte a la cama conmigo? Lo pasas estupendamente, ¿a que si?

Lo miró.

—Oye, Frank, ¿tú no notas que yo… hada de nada?

—Bueno —rio Frank vanidoso—, qué vas a decir. Tú a la antigua, que si una mujer sentía algo, el marido la consideraba una fulana.

—Yo no soy una fulana y, por supuesto, jamás sentí eso que tú dices.

—Anda ya.

—Y no pienso seguir mucho tiempo así.

—Anda ya.

—Y no pienso seguir mucho tiempo así, Frank.

—¿Qué dices?

—Que te estoy hablando en serio. No me lo haces sentir.

Frank se puso nervioso.

—Pues aligérate, anda rápida… Yo lo siento contigo y me gusta sentirlo.

—También lo sentías cuando estabas solo.

Lía se perdió en la cocina.

Sintió una frustración atroz.

Ella jamás pensó serle infiel. ¡Jamás! Pero ante semejantes circunstancias.

¡Era humana!

¿O es que se le consideraba un objeto?

No. Ella de mujer objeto, ni hablar.

De todos modos perdonaba toda la ignorancia, de Frank, porque estaba llena, de amor, de felicidad, de satisfacción…, de Max.

Era para ella como un superhombre y a Frank, en cambio, le veía como un gusanito.

—Lía, ¿dónde andas?

Ella había recogido la cocina y se fue de nuevo al pequeño comedor donde aún Frank recreaba su comida pasando deleitoso la mano por el estómago.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó apareciendo ante él.

Frank la miró vanidoso.

Hizo un gesto significativo, guiñándole un ojo.

—¿No quieres venirte a la cama, mujer?

—Hoy no puedo —dijo Lía con aplomo—. Supongo que ya sabrás por qué…

Frank, lleno como siempre de ignorancia, de vanidad, de engreimiento. Así que no supo por qué y se quedó casi con la boca abierta.

—¿Qué es lo que pasa hoy para no venirte a la cama conmigo?

—Tendrás que arreglarte solo, si quieres —dijo Lía impertérrita —. Yo tengo la regla.

—Ah… ¿Y no se puede con ella?

—No.

—De modo que aún no te dejé embarazada.

—Ya ves que no.

—Pues no creas, me gustaría tener un hijo.

Lía no respondió y se fue de nuevo a la cocina. Al rato sintió a

Frank irse al cuarto de baño y después a la alcoba. Cuando ella llegó al lecho una hora después, él roncaba ya como un bendito.

Estuvo viéndose con Max un día y otro.

Cada día que pasaba descubría algo nuevo en él.

Y sin duda Max en ella, porque si un día era cuidadoso lento y voluptuoso, al siguiente aún lo era mucho más.

Regresara Frank o no, ella iba tocios los días a la misma hora. Sabía que a las siete y cuarto era el momento, porque Max cerraba su consulta y ya había ido por el sanatorio de animales.

La enloquecía aquel modo de ser de Max. Sus ojos claros que la delineaban al llegar y siempre tenía un halago a flor de piel. No se le pasaba, no, si ella cambiaba de vestido, de peinado, de zapatos…

Se recreaba en su contemplación hasta ponerla roja de vergüenza.

Él reía.

Unía sus labios a los de ella, se deleitaba una y otra vez en besarla hasta, encenderla de pasión y excitación.

—Tu excitación es íntima. Anda por dentro y cuando sale al exterior —solía decirle— te estremece de pies a cabeza y yo siento dentro de mí un estremecimiento.

Era lo que les unía más.

Aquella comunicación aquel dar y tomar, aquella pasión que compartían y aquellos silencios largos; recreativos, que ninguno de ambos interrumpía.

Después, las clases en la universidad como pinchazos en la piel.

No podía estudiar porque cuando él la llamaba y le mandaba ponerse en pie, las menos veces posibles, para ambos era violento, pero nadie entraba en aquel secreto. Nadie diría que los dos se entregaban a sus pasiones a una hora determinada de la tarde.

Uno de aquellos días él se lo dijo:

—La vida así no puede continuar. Esto no es un juego de chiquillos ni una pasión pasajera. Es algo que emana de dentro, que está en nuestros espíritus igual que en nuestra carne. ¿Entiendes, Lía?

Y sin que ella dijera nada, pues aún estaba tendida en el lecho, suspirante y cálida, él añadió:

—Me vuelvo loco cada vez que pienso que puedes ser de ese bestia de Frank.

Lía se apoyó en un codo.

Le miró largamente.

—Frank no es un tipo apasionado. No me necesita. Le pongo un fútil pretexto o marcho a la cama dos horas después que él y le encuentro roncando. Desde que existe esto contigo, no he vuelto a ser suya.

—Lía, el solo hecho de que vivas a su lado, me destroza. No soporto que lo que yo toco y poseo, lo que ese ignorante vanidoso.

—Hace seis meses que me he casado, Max, y dos que me veo contigo; todos los días…

—Más de dos, Lía. Muy mal calculas el tiempo. Hace cinco casi…

—Bien, sea lo que sea. Ando preparando a papá. Me quejo todos los días, cuando va a verme, de no tener hijos. Primero le dije que lo evitaba. Ahora le digo que los quiero y no los tengo.

—¿Y bien?

—Lía empezó a vestirse.

—Aguarda —pidió él, cálido—, me gusta verte así.

—A mí me da vergüenza que me veas…

—Si serás tonta…

—Deja que me vista y sigo hablando. Tengo a Jason a punto de decirle que me divorcio de Frank. Jason, no sé por qué, no tiene simpatía a Frank. No le dolerá tanto que me divorcie si le digo que voy a casarme con el hombre que de veras amo.

—¿Sabe siquiera que existo?

—No, claro. No me atrevo a decírselo. No se lo diré nunca, salvo cuando vaya a casarme contigo.

—Nunca tuve intención de casarme —dijo Max pensativo—. Pero ahora es mi única ilusión y cada vez que pienso que a las nueve o las diez me dejas para irte a casa con ese animal de dos patas, me pongo nervioso y excitado y doy puñetazos en el aire como si estuviera rompiendo la cara a alguien… que en este caso es Frank, seguro.

Lía se inclinó hacia él, apoyándose con un codo en el lecho y le demarcó las facciones con la yema de su fino dedo.

—Ten calma. Se lo diré uno de estos días.

—¿Qué vas a decirle?

—Que le dejo. Pero antes tengo que hablar con Jason.

—¿Quieres que le hable yo, Lía? De hombre a hombre, y si tu padre es como tú dices, sin duda comprenderá mi postura y la tuya y la de ese tipo al cual, según tú, pese a toda la felicidad que cree que te da, no le tiene ninguna simpatía.

—Ninguna. Pero no, tú no le hables.

—Déjame quererte otra vez, Lía.

—No, Max. Es tarde. Y por otra parte acabas contigo por mi culpa. Tenemos que tomar esto con calma. Yo te deseo. Marcho de esta casa deseándote y ando por la mía con el pensamiento puesto en ti. Es más que una entrega física, Max. Es un sentimiento hondo y profundo, verdadero, del espíritu igual que el del cuerpo, pero… no quiero que te conviertas en un pobre infeliz enfermo. Anda, suéltame, déjame vestirme y déjame marcharme.

—Esto se queda vacío sin ti.

¿Cuántos días?

Muchos.

Meses…

Momentos que vivían como si fueran desgarros y deleites al mismo tiempo.

Y después, cuando se despedían, se fundían uno en brazos del otro.

Llegó el momento en qué se dio cuenta de que si bien sufría ella, mucho más él. Los celos le consumían, las rabias, las iras incontenibles y las pasiones que vivían, todo se precipitaba.

Así que por eso ella decidió aprovechar aquel día que vio llegar a su padre muy ufano, feliz, creyéndola a ella dichosa.

Jason se sentó con un suspiro. Miró a Lía que caminaba tras él y se quedó de pie mientras él se sentaba.

—¿Dónde anda tu marido? —preguntó, mirando a Un lado y otro.

—¡En Londres! Vendrá esta noche.

—Lo dices como si te sacrificaran.

Había que decidirse.

—Jason, sé, que voy a darte un tremendo disgusto. Jason se puso en guardia.

—¿Qué cosa pasa? ¿Otra vez frustrado tu embarazo?

—No sé si es eso, o el cansancio, la rutina… No sé, papá.

—Malo Cuando tú me llamas papá.

—Tengo que llamártelo. Y también Jason. Busco a mi padre y a mi amigo.

—La cosa se pone fea, Lía. ¿Qué ocurre? No te andes con rodeos. Se me antoja, por la expresión de tu cara, que la cosa es muy grave.

—Sí que es grave…

—¿Has ido al médico? ¿Te han dicho que eres estéril?

—No. No me interesan los hijos de Frank.

Así.

Casi a lo bruto.

Pero es que su padre le enseñó a ser audaz, a buscar la felicidad precisa, a decir lo que se siente.

Lo que se desea.

—Lía —y Jason se levantó como si lo pincharan mil demonios—. ¿Qué cosa te pasa a ti?

—No quiero a mi marido.

¡Hala! Ya estaba dicho.

Jason la miró y de súbito sonrió con ternura.

—O sea, que deseas el divorcio. ¿No puedo conocer las causas?

Se las dijo.

Con voz entrecortada.

Pero refirió el suplicio de su vida junto a Frank, sus inexperiencias, sus diez días mantenida su virginidad al casarse, su ausencia de todo placer sexual. Buscó las frases más piadosas, pero también las más expresivas.

Jason enrojecía y palidecía a un tiempo.

Se ponía crispado y se menguaba.

De repente, dijo cortante:

—Hay una cosa que está clara, Lía. Una mujer no habla así de su marido salvo que ame a otro hombre. Yo no me chupo el dedo, Lía, ni se me cae la baba, nunca fui subnormal, de modo que por ser hombre y conocer tan bien al ser humano, tengo que admitir y admito que tienes un amante. —Hizo una pausa y añadió—: Y no me gusta que tengas un amante. ¿Que le quieres? ¿Que existe otro hombre? Bien, de acuerdo, pero líbrate de tu marido. O uno u otro, y como el primero es una birria, y se ve que amas a otro, toma tus cosas y ahora mismito te vienes a mi casa y planteo yo la papeleta a Frank.

—¡Papá!

—Puedes llamarme papá —dijo Jason con ternura, suavizando el tono airado de su voz—. Se vive solo una vez y ha de vivirse como se desea y se necesita. Nada de engaños ni falsedades, nada de mentiras ni infidelidades. Las cosas claras y más clara que esta ni el agua. No me gusta que tengas un amante. Y se me antoja que le prefieres, de modo que no vamos a esperar más. Yo sabré cómo tengo que decirle a Frank. ¿Qué se ha creído ese? Vanidoso, absurdo, burro. Perderte a ti por falta de experiencia, de habilidad, de madurez. No lo comprendo… Vamos, Lía, haz tu maleta que te vienes a mi casa.

—Papá…

—Sí, ya sé que a quien necesitas en este instante es a tu padre, pero también necesitas al amigo y en esta ocasión los dos coinciden. De modo que vas a meter tus cosas en la maleta, que de Frank me encargo yo.

—Vas a ser duro.

—Voy a ser real. O se aprende o uno anda todavía en pañales. Tu marido es de estos últimos y lo siento por él. Pero yo no me voy a callar. No temas —añadió piadoso—. No tendré necesidad de hablarle como un hombre. Bastará con qué le hable como a un niño.

* * *

Lo esperaba con el sombrero puesto, erguido, suave, pero enérgico.

Frank entró como siempre buscando a su «sirvienta» que como ocurría siempre, le tendría la mesa puesta y la comida a punto.

Pero al ver a su suegro se quedó envarado.

Miró aquí y allí.

—¿Y Lía?

—Te ha dejado. Tengo todo listo para plantear el divorcio. No me mires así, animal, que no voy a comerte.

Frank dijo menguado, quejumbroso:

—Tengo hambre. ¿Es que no dejó Lía la comida lista?

—Me temo que no. No dejó aquí ni un solo objeto suyo. La tengo en mi casa y todo preparado para un divorcio inmediato. Oye, Frank, ¿de veras has creído hacer feliz a Lía?

Frank parpadeó.

Estaba confuso, ofendido, disgustado.

¿Y su comida?

Tenía apetito.

Pero como Jason rio lo tenía y entendía que nadie lo tuviera en tales circunstancias, marginó aquel asunto y en cambio decidió:

—Frank, te voy a dar un consejo. La mujer no es una esponja que se aprieta en el puño y se afloja cuando a uno le gusta hacerlo. La mujer tiene todos los derechos a sentir la felicidad como la siente el hombre. Tú no has hecho feliz a mi hija. ¿O eres tan necio que te has creído lo contrario?

Era tan necio.

Así que tras pensarlo unos minutos murmuró convencido:

—No veo por qué no ha sido feliz.

—Pues muy sencillo, porque eres un inepto. Un pobre diablo inexperto e inhábil, inmaduro, que con ser feliz él, piensa y cree neciamente que lo es todo quien le rodea. Pues no. Lía te deja. Se divorcia de ti, pero no temas. Ni te va a pedir pensión ni te lleva el piso. Renuncia a todo. Ya di órdenes concretas a mi abogado.

—Pero ¿por qué? Yo pensé que era feliz.

—Y la tuviste virgen diez días al casarte.

—Oh…, ¿eso era tan importante?

—Claro. Todo. Eso demuestra o que eres tonto, o que no sabes lo que vale una mujer. Lo siento. Frank. A mí me pareciste así desde que te conocí, pero como ella deseaba casarse contigo, tal vez por tu estatura y tu aparente hombría, yo, con dolor de corazón, se lo permití.

Frank se irguió con donaire, gritando:

—Yo soy un macho.

—¡No me digas!

—Soy un hombre capaz de levantar cien kilos con una sola mano.

—No lo dudo. También un caballo es capaz de cargar cuatrocientos kilos y sin embargo no hace feliz a una mujer. No va ni en el peso ni en la talla, Frank, ni en la hombría aparente. Va en algo que está dentro. Que cala, que ahonda, que es conocer a la mujer con sus necesidades y darle gusto y buscar su placer y su goce más íntimo. Tú no sabes eso. Ni lo sabrás jamás. Te voy a dar un consejo: si vuelves a casarte cuando quedes libre, y quedarás muy pronto, no busques en la vida un plato de comida ni una mujer que

te la haga. Si quieres conservarla, busca una mujer para tu lecho y tendrás lo demás por añadidura. Pero si buscas uña cocinera o una doncella y después una mujer para tu lecho, te digo yo, que ando por la vida hace muchos años, que las perderás todas a la vez. Creo que un médico te dio un libro. Lía dice que lo tienes por ahí pero que nunca lo has leído. Si pretendes casarte de nuevo, búscalo, y busca a la par una mujer que te adiestre. Una mujer no es un objeto de cocina. Es todo. La cocina, el suelo, la alcoba y más que nada, una amante a la que hay que complacer.

Frank gritó, pensando más que nada en que no tenía esposa para hacerle la comida:

—¿Quieres decir que Lía me deja por completo?

—Te deja. Te ha dejado ya. Si quieres cocinera, ve a una agencia y tal vez la encuentres y también una tía que te aguante en el lecho. Es posible que aguanten las dos si les pagas… Lía no cobra, Lía es todo espíritu, toda sensibilidad… Pero tú ese lenguaje no lo entiendes.

—¡Jason!

—Ya te dejo. Si lo has entendido, ahí te queda la lección para que aprendas.

—Aguarda…

—¿Quieres aún oír más?

—Dices que Lía se divorcia de mí…

—La semana próxima. Y espero que seas tan cuerdo que no te opongas.

—¿De qué se me acusa?

—Puede acusarte de todo lo que he dicho, pero limitará su acusación a incompatibilidad de caracteres, que es más fácil y más convincente para ti, puesto que con la demanda presenta su renuncia a pensión, a este piso a todo. Te quedas soltero de nuevo. Pero yo, como hombre que soy, te aconsejo que, si vuelves a casarte, pienses más en tu mujer que en ti mismo.

—Yo le he sido fiel.

—¿Y quién lo duda? ¿Acaso tienes tú agallas para ser todo lo contrario, si te arreglas solo, si te pasas sin mujer igual dos meses? Frank, te lo digo y aconsejo… Busca a un médico, que te quite ese apetito monstruoso, que mientras lo tengas, tus apetencias hacia la mujer serán nulas y eso es tan malo en un hombre como carecer de

virilidad. Se me antoja que estás enfermo o qué eres subnormal, de nacimiento… con apariencia normal, que es lo peor que existe.

—¡Jason!

—No más ya… Espero que seas tan cuerdo que aceptes la incompatibilidad de caracteres.

Se fue.

Cuando llegó a su casa miró a su hija.

—El asunto de Frank está arreglado. Pero no verás más a tu amanté hasta tanto no seas libre.

Después la besó en la frente, susurrando como añadidura:

—Lía, hazme caso. Llama a tu amigo y dile cómo están las cosas. Si te quiere, esperará. No más errores. Ya has cometido uno. Otro encima sería demasiado. Llámale y díselo.

* * *

Fue terrible, torturante, aquella espera.

Llegó un día, ¿cuántos días después?

Más de dos meses.

Pero Max esperaba, Sabía esperar. Costaba y cada día le mandaba una nota en su libreta.

> «No te preocupes por mí, sé esperar. Mejor es así que lo otro. Te quiero».

Se debatió el divorcio dirigido por Jason.

No tuvo enemigo en Frank.

Parecía aplanado.

Era el hombre sumiso y congelado, aquel tipo menguado sexualmente, que en apariencia parecía un gigante y a la hora de la verdad era un imberbe absurdo.

La sentencia del juez fue clara y transparente.

Nada se pedían uno a otro.

Aquello acababa de la misma forma simple que había empezado.

Frank solo, Lía más solitaria, que la una, pero acompañada y aconsejada por su padre. Y eso era muy diferente.

—Ahora —dijo Jason un día— puedes casarte con el otro. ¿Estás segura de su amor, de su constancia, de su valía?

—Te lo voy a presentar, Jason.

—Es lo mejor.

Así lo hizo.

Max llegó a casa del viudo aquella noche y Jason nada más verlo, exclamó afanoso:

—Este es tu hombre, Lía. Este sí. Me parece que sí, y no creo equivocarme.

No se equivocaba. Max se acercó a Lía a quien desde dos meses antes solo veía en la Universidad, y la apretó por los hombros contra sí.

—Jason —dijo con sencillez—, me caso esta misma noche. ¿Te importa?

Jason los miró.

Eran como hechos el uno para el otro.

Él tenía ojo, experiencia, sabía.

Afirmó con una cabezadita y dijo:

—Vamos allá, muchachos. Hay cosas que no aceptan espera. Esta es una de ellas.

Fueron ante un juez de aquel distrito.

Jason los miró después con expresión casi placentera.

—Os conocéis, ¿verdad? Hasta el extremo de saber que os necesitáis como el mismo aire que respiráis.

—Sí —dijo Max—. Sí.

—Pues idos…

—No nos vamos —rio Max divertido—. Has de saber que mañana tenemos que asistir a clase…

—Pues también eso merece la pena. De todos modos —añadió Jason convencido— me parecéis hechos el uno para el otro.

Así era.

Allí estaban.

Eran marido y mujer, pero parecían amantes.

Se miraban.

Dos meses de abstinencia.

Era demasiado.

No obstante, no como un hambriento inhábil, Max se acercó a ella, la tomó en brazos y la tiró blandamente sobre el lecho.

—Max —susurró Lía.

—¡Te amo! —dijo Max ahogadamente.

Y sus bocas se encontraron y sus lenguas se mezclaron y sus cuerpos también.

Todo empezaba.

Pero sin sujeciones ni represiones.

Liberados ambos.

Llenos de ternura, de escarmiento.

Frank, en algún rincón de la ciudad costera, en un restaurante pedía su vino y su comida y pensaba que cuando llegara al hotel se consolaría y sería casi, casi como tener a Lía.

Pero que le preguntaran a Max la diferencia que había…

F I N

MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el Libro Guinness de Récords 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora

afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.